

*Cuando la causa de la guerra
es el amor*

DE PIE

ANTE EL MUNDO

POR
DANIEL ARRIONDO

D.J.57

**DE PIE
ANTE EL MUNDO**

POR DANIEL ARRIONDO

PRÓLOGO

Al fin de sus días de gloria, los ojos del Papa al que Roma nunca olvidará fueron testigos de la historia de amor más grande y apasionante de todos los tiempos. Su hija Lucrecia, cansada de ser usada para forjar alianzas con dinastías rivales, decidió rebelarse y en una trifulca acabó asesinada por su hermano César. El Príncipe estropeó los planes de su padre, pero cuando descubrió la existencia de una hermana gemela de Lucrecia, criada por unos campesinos, intentó redimirse capturándola. Lo que el hijo predilecto de Rodrigo de Borja no imaginaba era que el corazón de la humilde muchacha ya tenía dueño, un osado estratega que, por su amor, estaba dispuesto a enfrentarse al ejército más poderoso del mundo.

CAPÍTULO UNO

La peste del año 1.482 d. C. segó más vidas que todas las guerras libradas desde la reedificación de Roma. A fin de detener el azote, aquel mismo año el papa Sixto IV emitió desde la Ciudad Eterna la orden de quemar cada poblado donde corriera la más leve sospecha de brote. Decenas de miles perecieron, el resto se vio forzado al exilio. Se presumía que El Fin del Hombre había llegado, y hasta las huestes más valientes se desperdigaron por toda la superficie de la tierra escapando de la espada de la pandemia.

Antes de que le fuera arrebatado lo que más amaba en el mundo, el poderoso duque de Ferrara ofreció la cuarta parte de su fortuna al galeno del Sumo Pontífice, quien a riesgo de perder su propia vida emprendió un extenuante viaje desde el Vaticano. Gracias al Cielo y a sus extraordinarias habilidades la esposa del noble revivió.

Atento a la providencia, un siervo fiel del Duque, de nombre Tartán, le suplicó al médico que atendiera a su único hijo. Su solicitud fue negada, sin embargo, el buen hombre insistió y le ofreció todo cuanto poseía para que examinara a su muchacho. Aquello conmovió al galeno, quien tras rechazar la oferta lo acompañó a ver al niño.

Sentada frente a una estufa a leña la esposa del siervo del Duque mecía a su hijo, le cantaba y le besaba tiernamente la frente. De pronto, el pequeño abrió los ojos y vio rodar una lágrima por la mejilla de su madre.

—¿Por qué lloras mamá? —preguntó el niño concentrando las fuerzas que le quedaban.

—Es que... nunca pensé que abrazaría a un ángel —le respondió su madre.

—Tú también eres un ángel, mamá —dijo el muchachito.

—Te amo con toda mi alma —le expresó ella acariciándole el rostro.

—Y yo a ti —contestó el pequeño.

Finalmente, el niño cerró sus ojos y ya no los volvió a abrir. Su madre gimió en el dolor de su alma mirando al techo y cedió al llanto. Al instante ingresó su esposo Tartán acompañado por el médico.

—Llegamos —le dijo el hombre al galeno. Y mirando a su mujer y a su hijo agregó—: Nunca lo vimos tan mal. Mi muchacho es fuerte pero esta fiebre... Ya van seis días, lo intentamos todo y cada vez está peor.

—Tranquilo —respondió el doctor—, haremos todo lo posible.

—Sí —contestó esperanzado el siervo del Duque. Y luego, sin levantar demasiado la voz, se dirigió a su esposa diciendo—: Cariño, estamos aquí.

La mujer ni siquiera se inmutó.

Por eso Tartán se le acercó furtivamente por la espalda y dijo—: Amor, recuesta al niño en la cama para que el médico lo revise.

—Me preguntó por qué lloraba —contestó su cónyuge—, y le dijo que era porque nunca había abrazado a un ángel. No llores, me dijo, tú también eres un ángel, mamá.

—¡No! —exclamó Tartán. Desbordado de lágrimas se arrodilló ante su esposa apoyando su cabeza sobre el niño y mientras le acariciaba el pelo susurró —: No hijo, tú no, tú no... no puedes irte ahora. Papá te ama, tú eres mi esperanza. ¡Te necesito hijo!

Después, aún doblado ante su hijo, rogó desesperadamente al médico—: ¡Haga algo, se lo suplico!

El doctor colocó sus dedos en el cuello del mozuelo, pero al no encontrar señales de vida movió su cabeza de un lado a otro y confirmó su deceso diciendo —: Lo siento, su hijo está muerto.

Tartán se irguió inmediatamente y tomando al galeno de su abrigo insistió—: Revivió a la esposa de mi amo. ¡¿No hay milagro para los pobres?!

Soy médico, no Dios —respondió serenamente el doctor. Tras lo cual recogió su maletín del suelo diciendo—: No soy quien decide quién vive y quién muere. Señora, señor, por su propio bien, abandonen este lugar cuanto antes. Esta peste seguirá cobrándose más vida. Mi más sentido pésame.

El médico se retiró del lugar a paso de carga cerrando la puerta tras de sí.

Esto no puede estar pasando —se dijo entre lágrimas el padre del pequeño—. ¡Quiero morirme!

—Si no te hubieras demorado en conseguir un médico él aún estaría vivo — le reprochó impotente su esposa abrazando a su difunto hijo.

Al día siguiente, temprano en la mañana, el niño fue envuelto en telas y colocado cuidadosamente en una fosa del cementerio local por los enterradores. Mientras un líder espiritual del lugar llamado Tirodión pronunciaba unas palabras de la Biblia algunos presentes se acercaban y arrojaban flores sobre el occiso. El padre del fallecido permaneció abyecto al pie del sepulcro a la vez que una mujer entrada en años abrazaba a su desconsolada esposa.

—Dios es mi pastor —recitó de memoria el eclesiástico—. Nada me faltará. En prados herbosos me hace recostar. Aunque ande en el valle de sombra

profunda, no temo nada malo, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado son las cosas que me consuelan. Dispones ante mí una mesa enfrente de los que me muestran hostilidad. Con aceite me has untado la cabeza; mi copa está bien llena. De seguro el bien y la bondad amorosa...

Al tiempo que la gente oía salmodiar a su guía, un niño precioso, el hijo del duque de Ferrara, se aproximó a Tartán y le obsequió una flor de cardo. El hombre lo miró en silencio y tomó el presente dejando caer unas lágrimas. El muchachito fue inmediatamente llamado por su padre, quien ostentaba un anillo dorado con un diamante azul.

—¡Alfonso! —le dijo el Duque—, ven hijo. Es hora de irnos.

El pequeño corrió de inmediato junto a su padre, quien tomándolo del brazo lo condujo con aspereza lejos del gentío. Y mientras los sepultureros rellenaban el pozo con tierra, el clérigo se plantó a la diestra del padre del niño fallecido.

—No creo que exista camino más difícil que el que Dios ha puesto delante de usted —expresó Tirodión sosteniendo la Biblia.

Es demasiado —admitió el padre del niño muerto—, no lo soporto. Lo único que le daba sentido a mi vida ya no... no existe. ¿Por qué Dios permite el sufrimiento?

—Entiendo su situación —declaró el religioso—, pero la vida continúa.

—Su Excelencia —le comentó Tartán dirigiendo la vista hacia su mujer—, mi esposa... su matriz ha quedado dañada después de dar a luz. Para ella ese niño lo era todo. Es posible que ya no pueda...

—¡Oh! —dijo Tirodión—, eso es terrible.

—Sí —afirmó el siervo del Duque agachando la mirada.

—Usted la ama —dijo el obispo—, haría cualquier cosa por verla feliz. Entonces acepte los designios de Dios.

—¿De qué está hablando? —inquirió Tartán confundido.

Sabe dónde encontrarme —profirió entre dientes el prelado—. Lo espero a media noche, no falte.

Así, Tartán dio media vuelta y se fue sin mirar atrás.

A la hora pactada, el dignatario esperaba a Tartán de pie en el púlpito de la iglesia del pueblo. En sus brazos tenía una criatura recién nacida envuelta en una manta. Las campanas resonaban con furia anunciando las doce. El lugar estaba iluminado por cirios y antorchas. Afuera estaba cayendo un terrible aguacero. A la luz de un relámpago, al sonido de un trueno, la gran puerta se abrió y el padre del muchachito fallecido ingresó al templo completamente empapado. Caminó a paso redoblado por la nave hasta llegar al estrado. Subió unos escalones

alfombrados y se irguió ante el anfitrión.

Por un momento pensé que la lluvia oxidaría su fe —declaró el mitrado.

No fue fácil dejar a mi esposa sola —respondió el campesino pasándose la mano por la frente.

Un ángel, ¿no cree? —dijo Tirodión descubriéndole el rostro a una bebé dormida—. Se llama Ayora y sus padres eran mis amigos.

—¿Qué les sucedió? —inquirió Tartán vislumbrando a dónde quería llegar el obispo.

Murieron —le mintió el religioso—, pero ella se hizo inmune a la peste.

—¿Puedo cargarla? —preguntó el siervo del Duque.

—Por supuesto —respondió Tirodión entregándole la niña—, adelante.

Es preciosa —dijo el campesino—, pero no sé qué dirá mi mujer.

No pierda más tiempo Tartán —le sugirió el clérigo—. Tome a su esposa y a esta criatura y huya a Florencia antes que el Papa haga arder Ferrara. Esta noche Dios está obrando milagros. No tema, sólo deje que su mano lo consuele.

Veintiún años más tarde, en el Ducado de Ferrara, en el aposento del duque Hércules I de Este, el crecido Alfonso y su padre se medían en combate sobre un tablero de ajedrez. El juego estaba llegando a su fin. El poderoso mandatario todavía lucía su magnífico anillo dorado con diamante azul.

—Es tu turno —dijo Alfonso pensando en su próximo movimiento.

—No es tan fácil —contestó su padre. Y, luego de un momento, movió con cierta inseguridad su último caballo blanco cuatro casilleros en forma de ele invertida y acabó con un peón enemigo.

—¡Jaque! —exclamó Alfonso tras arrastrar derribar una torre con un alfil que arrastró en diagonal hacia adelante. Y anunció—: Tu reino es mío.

—Eso está por verse —respondió desafiante su padre. Y tras mudar su rey un casillero hacia la derecha dijo—: Ahora tú.

—¡Jaque! —repitió su hijo tras empujar una torre hasta la línea del rey.

—Mi rey ya está viejo y cansado —admitió Hércules—; es probable que esta sea su última batalla. Déjame pensar. Tal vez su vasta experiencia lo salve de esta encrucijada.

Luego de un momento derribó la torre contraria con su caballo y le preguntó jovialmente a su oponente—: ¿No ha sido suficiente humillación?

—En absoluto —respondió Alfonso. Y después se dijo a sí mismo—: Concéntrate, concéntrate.

Al fin el joven corrió con su anular derecho un peón y aplastó al último peón enemigo diciendo—: Esta victoria es mía, ríndete padre.

Después de pensarlo un momento Hércules movió un alfil en diagonal hacia atrás y exclamó sonriente—: ¡Jaque! Nunca des por terminado un combate hasta que todos tus enemigos estén completamente acabados. Sigues tú.

Entre tanto, un siervo ingresó a la sala trayendo un tazón humeante sobre una bandeja de plata.

—Mi señor —interrumpió el joven dejando el tazón a un costado de la mesa de juego—, su medicina.

—Gracias —dijo el anciano—, lo olvidé por completo. ¡Bendita panacea!

Habiendo cumplido su tarea el siervo dio media vuelta y se marchó, pero su amo lo detuvo secamente diciéndole—: ¡Detente! Entrás sin anunciarte y te retiras sin que te lo ordene. ¡Qué atropello!

—Mi esposa acaba de dar a luz —informó el siervo inclinando levemente su cabeza.

—Una peste sin nombre me come las entrañas, ¿y qué con eso? —ladró el duque de Ferrara—. Olvídalo, hazte humo.

El sujeto acató la orden y se largó rápidamente cerrando la puerta tras de sí.

—Necesitas consuelo Alfonso —dijo el anciano tras beber un sorbo de su infusión—. Pronto moriré, lo sabes. Tu madre estaría orgullosa de ver el hombre en que te has convertido. Mi último deseo es verte formar una familia. Nada te hará más feliz, puedes estar seguro.

Entrada la noche, en una taberna del suburbio de Roma, un capellán renegado de nombre Ferimeo, enfundado en una sotana negra, estaba bebiendo alegremente el licor que le escanciaba su dama de compañía. De repente, con el rostro oculto bajo una capucha ingresó César de Borja, el hijo del papa Alejandro VI. Desde la puerta escudriñó el lugar con evidente nerviosismo y percibió que todo el mundo lo estaba observando. Por fin el Príncipe logró identificar al sicario, de manera que tomó asiento frente a él clavándole una mirada sombría.

—¿A quién esta vez? —le preguntó Ferimeo mientras la muchacha los dejaba a solas.

—Su nombre es Alfonso de Aragón —respondió César sin rodeos—. El muy maldito se resiste a poner fin a su inoportuno enlace con mi hermana.

Mientras decía aquello arrojó una pequeña bolsa con monedas sobre la mesa y aclaró—: El resto lo tendrás cuando lo hayan enterrado.

—Guarda tu dinero César —contestó el religioso secándose los labios con el puño. Y le devolvió el dinero de la misma forma que lo recibió diciéndole—:

Los servicios de este capellán renegado ya no están disponibles.

—¡Oh! —exclamó el Príncipe—, entiendo. No estás conforme con la paga. Bueno, puedo arreglarlo, te ofrezco diez veces más de lo que te pagué por la cabeza de mi hermano Juan.

—¿Aún la sigues amando? —inquirió el atrevido matón—. Apuesto que sí, también tu padre y tus incestuosos hermanos.

—Ése no es asunto tuyo —respondió César.

—La quieres para ti —sostuvo Ferimeo—. Primero te deshaces de tu propio hermano Luis, luego de Juan, y ahora quieres despachar a tu cuñado Alfonso. Mañana no habrá hombre del que tengas que librarte porque los habrás asesinado a todos.

—Quiero a Alfonso muerto —ordenó el hijo de Rodrigo de Borja—. Lucrecia será dada en matrimonio al hijo del poderoso duque de Ferrara. Encuéntralo y que no quede en él una gota de vida.

Y lanzándole una vez más el dinero sobre la mesa concluyó—: Hazlo o tú serás el siguiente en mi lista negra.

Tras aquello, se levantó airado y se retiró a toda prisa.

Al día siguiente, temprano en la mañana, en el Palacio Apostólico de Roma, Lucrecia de Borja estaba siendo arreglada en su aposento frente a un gran espejo con bordes dorados. La joven de porte angelical lucía una túnica blanca ceñida de oro y Gulia Farnesio, su criada, le estaba realizando un trenzado principesco. Inesperadamente, su madre Vannozza entró al cuarto y al ver el peinado se horrorizó.

—¿Qué es eso? —inquirió la dama.

—Inspiración —respondió orgullosa de su trabajo Gulia.

—Pues sí —dijo Vannozza con sorna—, claro. ¡Pero qué desastre!

—Señora —replicó la sierva—, juzgué que un estilo nunca visto sería lo más apropiado para la ocasión.

—Fue idea mía —dijo rápidamente Lucrecia en defensa de Gulia.

—No te culpes hija —le contestó su madre—, ¿crees que no conozco a Gulia? ¡La vi flirtear con tu padre en más de una ocasión! Si fuera por mí... esta bruja hace tiempo hubiera ardido en la hoguera.

Y dirigiéndose a Gulia exigió con dureza—: Deja tus cosas y retírate, ¡inútil!

La sierva se quedó inmóvil un pequeño momento, tragó y acató la orden sin objetar.

Y una vez que la criada se marchó, Vannozza se lamentó mientras destejía las trenzas de su hija—: Nunca aprenderán. Ya lo decía mi madre: “Si quieres que

algo te salga bien tienes que hacerlo tú misma”.

—Ella estaba haciendo un buen trabajo —manifestó la joven.

—¡Sólo se estaba aprovechando de tu inexperiencia, querida! —gritó Vannozza.

—¿Se me permite disentir? —preguntó Lucrecia.

—Ahora no hija —le contestó la dama—. Hay cosas más importantes. El duque de Ferrara y su hijo están en camino.

—Eso es lo importante para todos —expresó Lucrecia poniéndose de pie y mirándola de frente—, pero no para mí.

—Sólo deseo lo mejor para ti —le dijo su madre—, algún día me lo agradecerás.

—¡Ya es suficiente, madre! —soltó la chica.

—Tranquila, Lucrecia —le sugirió la amante oficial de Rodrigo de Borja—. Es natural que hoy estés más susceptible que de costumbre.

—No —dijo la muchacha con firmeza—, esto no está bien. No es correcto que un padre entregue su hija a un extraño como simple mercancía. No soy mera moneda de cambio.

—¡Debí suponerlo! —vociferó Vannozza—. En primer lugar, el hijo del poderoso duque de Ferrara no es ningún extraño. Alfonso de Este logró a fuego y sangre la admiración y el favor del rey Luis XII de Francia. Por eso tu padre removió a César de su condición de Capitán General del Ejército Papal y nombró Gonfalonero a quien tú llamas desconocido. Y, en segundo...

—¡Ya basta! —la interrumpió bruscamente su hija—. ¡Basta madre! No digas más.

—¿Cómo te atreves?! —inquirió soslayada la concubina del Papa.

—Ahora tendrás que oírme —le advirtió Lucrecia—. Por tercera vez seré dada en matrimonio a un hombre que ni conozco ni amo. ¿Qué les sucede a todos en esta casa? ¿Olvidan que aún sigo siendo la esposa de Alfonso de Aragón?

—Tu matrimonio con el duque de Bisceglia es asunto terminado —le contestó su madre.

—¡Carlos VIII debió deponer a mi padre cuando tuvo la oportunidad! —bramó la muchacha.

—¡Suficiente, Lucrecia! —gritó la dama dándole una fuerte bofetada—. No permitiré que sigas pecando con tus labios.

—¿Pecado? —preguntó la chica tocándose el rostro—. ¿Decir la verdad es pecado? ¿No es pecado blasfemar? ¿No es pecado hurtar... mentir y matar como

lo hace cada día mi padre, el Sucesor de San Pedro? ¡No, madre! Pecado es morir sin haber hecho lo suficiente por purificar mi alma en las llamas de la dignidad. Eso sí es pecado y, créeme, no tiene perdón de Dios.

—Lo siento —se disculpó su madre dándole un tibio abrazo—, perdóname por no ser libre de decir lo que pienso ni de hacer lo que quiero. Pediré al Altísimo que te dé la fuerza suficiente para enfrentarte a tu destino.

—Dios te oiga madre —susurró la joven sobre el hombro de Vannoza—, Dios te oiga.

Y mientras la palabra todavía estaba en su boca, la hija de Luis XII de Francia, Juana de Albredt, tocó la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Ya es hora, Lucrecia —le dijo la dama viendo venir a Juana.

La agraciada esposa de César de Borja inclinó ligeramente su rostro en reverencia y luego intentó expresarse, pero la angustia la tenía amordazada.

Juana —le dijo Lucrecia—, calma. ¿Qué tienes?

—Tranquila —insistió Vannoza. Y sirviéndole un vaso de agua inquirió—: Dinos, ¿qué sucede?

—Lo siento —dijo Juana tras beber un sorbo de agua.

—Alfonso está muerto, ¿cierto? —preguntó Lucrecia.

Juana meneó la cabeza en negación e informó—: Cuatro patanes lo atacaron ferozmente en la escalinata de San Pedro. Por fortuna, intervino la guardia papal y ahora él está siendo atendido aquí por los galenos.

—¡No! —exclamó Lucrecia tapándose la boca—. No es posible. Llévame con él, quiero verlo.

—Ve hija —le dijo su madre—, yo te cubriré.

—Sígueme Lucrecia —le rogó Juana tomándola de la mano—, debemos darnos prisa.

En ese preciso momento, el duque de Ferrara Hércules I de Este y su hijo Alfonso llegaron al Santo Salón Real precediendo a su pariente Tirodión, quien era integrante del Colegio Cardenalicio. Colosales columnas entalladas en mármol sostenían una elevada bóveda, ricamente adornada con frescos que representaban escenas bíblicas. Gruesos rayos de sol entraban a tropel por los góticos ventanales del este dando al lugar un aspecto celestial. Sobre un suelo de enormes losas relucientes estaban de pie veintidós de los veintitrés miembros que conformaban el Sacro Colegio. Todos estaban enfundados en sotanas de color rojo escarlata con ornamentos dorados y sobre sus cabezas llevaban puesto un capelo cardenalicio del mismo color, y en sus manos lucían un anillo de oro. Del otro lado de la alfombra púrpura que dividía la sala, también enhiestos,

podía contemplarse a un grupo de príncipes, condes, duques y demás señores feudales. Todo el mundo estaba expectante, incluso Jofré, el hermano menor de César de Borja.

Cuando las enormes puertas se abrieron un cardenal proclamó con voz imperativa—: ¡Hacen su ingreso al Santo Salón Real el poderoso duque de Ferrara Hércules I de Este y su hijo Alfonso, el nuevo Capitán General del Ejército Papal!

Mientras franqueaban la jamba saludaron a los guardias con una reverencia. Tirodión iba adelante guiándolos. El prelado giró levemente la cabeza sobre su hombro y con serena piedad hizo un gesto con su mano derecha a su hermano Hércules y a su sobrino Alfonso para que siguieran avanzando. En el extremo opuesto de la sala, frente a ellos, se levantaba un estrado de cinco escalones. En su centro se alzaba un sillón de marfil revestido de oro. Los brazos eran la representación de dos leones. Sobre las cinco gradas de la escalera, por este lado y por aquel lado, había diez pequeños ángeles dorados con alas extendidas al cielo y rostros inclinados al suelo. Sentado sobre el trono de San Pedro estaba el septuagenario Rodrigo de Borja. Su senil cara estaba iluminada por una sonrisa tan solemne como artificial. Un roquete de encaje colgaba sobre su blanca sotana. Le cubría los hombros una muceta de terciopelo rojo con bordes de armiño. Llevaba puesto un par de guantes de seda que hacían juego con su blanco solideo. Un gran diamante incoloro adornaba su santo anillo. De pie, a su derecha, estaba su hijo César, quien estaba armado y llevaba puesto una cota de malla con la inscripción de la Santa Sede. El Príncipe tenía en sus manos lo que parecía ser un antiguo rollo plegado, un pergamino. El duque de Ferrara y su hijo se aproximaron al estrado siguiendo los pasos de su pariente, y cuando estuvieron lo suficientemente cerca se detuvieron y se prosternaron ante el Santo Padre.

—Santo Padre —dijo Tirodión—, helos aquí. Tus leales súbditos presentan sus saludos.

—¡Dios bendiga al Vicario del Hijo de Dios! —exclamó el duque de Ferrara.

—Años de vida y paz añada Dios al Santo Padre —profirió Alfonso.

Cumplida su parte, sin agregar palabras, Tirodión retrocedió sobre sus propios pasos con su cabeza aún inclinada en reverencia y tomó su lugar entre los dignatarios que prestigiaban el rito con su presencia.

—De pie mis amigos —dijo Rodrigo de Borja a Alfonso y su padre esbozando una sonrisa. Y extendiéndoles las manos añadió—: No hagamos de esta ceremonia una penitencia, por favor.

Alfonso y su padre se levantaron en el acto y vieron al Papa extender su mano derecha a su hijo César, quien descendió las gradas hasta llegar al duque de Ferrara y le entregó el pergamino. Luego regresó junto a su padre.

—La familia Borja ha sido acusada injustamente de horrores indecibles —expresó Rodrigo muy apenado—. Giovanni Sforza, conde de Pesaro y Girolamo Savonarola, monje de Florencia, entre tantos disidentes políticos de la Santa Sede, me han restado honra. Ignoren mis amigos tal propaganda y obtengan de la Sede Apostólica a modo de recompensa, y no de soborno, las concesiones de su interés.

—Hércules I de Este —agregó el papa Alejandro VI— nada más jura sobre el pergamino sagrado y tu hijo tomará a mi hija Lucrecia por esposa.

—Primero —leyó en voz alta el duque de Ferrara tras partir el sello de cera escarlata y desenrollar el pergamino—: Por el Altísimo juro que a nadie daré, aunque me lo exija bajo amenaza, la honra y la alabanza que sólo el Santo Padre merece. Segundo: Pelearé hasta la muerte por la integridad del Papa y la de sus retoños, y del daño y de la violencia les preservaré el alma en la medida de mis fuerzas. Tercero: No descansaré hasta que expire el último de los enemigos del Pastor Universal y, cualquier cosa que desee su alma, lo haré por él sin reparos. Cuarto: Aquello que viere u oyere o llegare a conocer por accidente en relación a la vida del Sumo Pontífice y que jamás deba trascender el umbral de mi lengua, lo guardaré celosamente en secreto. Quinto: Si a este juramento doy fiel cumplimiento y no lo transgredo, me sea dado en consecuencia el favor de la Santa Sede, además de tierras, títulos, riquezas y siervos y siervas. No obstante, si de algún modo lo quebranto, venga el mal y no el bien sobre mí y toda mi casa, y sea rota la alianza que desde hoy une nuestras familias.

Después de envolver el rollo, Hércules levantó su mano derecha y dijo a viva voz—: ¡Por Dios, juro!

Ayudado por su hijo César, Rodrigo se irguió y se acercó a Alfonso, quien al instante le rindió pleitesía.

—Oh no —solicitó el papa Alejandro VI extendiéndole su mano—, no hagas eso, ya no.

De todos modos, no pudo evitar que Alfonso besara su anillo.

Después Rodrigo dijo—: Levántate Alfonso, de ahora en adelante ya no te prosternarás ante mí porque eres de la familia.

Fingiéndose alegría César se aproximó al pretendiente de su hermana Lucrecia y lo abrazó diciéndole—: Ya oíste a mi padre. ¡Bienvenido a la familia, Alfonso!

En el acto los presentes rompieron en aplausos.

—Santo Padre —declaró el Gonfalonero a Alejandro VI—, aprovecho la ocasión para reiterarle mi más distinguida consideración.

—Alfonso —respondió el Papa poniéndole una mano sobre el hombro—, quien ose enfrentarte deberá acabar primero con tu magnífico nombre.

Después giró el rostro hacia César y le solicitó—: Ten la bondad de acompañar a tu futuro cuñado a la Sala de los Ornamentos. El ritual exige que el pretendiente escoja de allí la sortija que le entregará a la novia el día de la presentación, que es hoy, y también el anillo que le dará el día de la boda, que será mañana, si Dios permite.

—De acuerdo —dijo su hijo.

—Bueno —concluyó su padre—, vayan. Y que Dios los acompañe.

—Que así sea —contestó César.

Y después de inclinar ligeramente sus cabezas en reverencia ante Rodrigo, César y Alfonso se retiraron del lugar oyendo los cuchicheos de todos. Pronto llegaron a la Sala de los Ornamentos, un recinto repleto de vitrinas cargadas de vasos de plata sobredorada. En el centro podía observarse una estantería baja donde se exhibía una docena de báculos de oro puro. Y en el armario más próximo se podía contemplar, alzándose por encima de un espléndido jarrón, la gloriosa rosa de oro. Otro escaparate contenía las colecciones de sortijas sagradas. Y más allá, sobre un pequeño altar de piedra caliza yacía una espada de plata sobredorada con incrustaciones de diamantes. César y Alfonso estaban de pie frente a ella.

—Gentileza de Carlos VIII —comentó el hijo del papa Alejandro VI—, rey de los galos. Esta espada le fue obsequiada a mi padre en reconocimiento de su autoridad papal.

—Digna espada de un defensor de la fe —dijo el Gonfalonero.

—En lugar de deponerlo cuando tuvo la oportunidad —añadió César—, el iluso monarca le expresó su filial obediencia. La ironía de las ironías: el gran conquistador se dejó conquistar por las afables maneras de mi padre y acabó rindiéndole pleitesía.

—Memorable hazaña política la de tu padre —observó Alfonso—. Propio de un príncipe legendario coligar los ducados rivales de la cristiandad, las coronas de Aragón y Castilla-León e incluso al mismo imperio de Maximiliano I en unión a los Estados Pontificios contra Carlos VIII.

—Tus victorias en Nápoles —respondió el Príncipe— te valieron la admiración del sucesor de Carlos VIII de Francia, su primo Luis XII, y el cargo de Gonfalonero otorgado por mi propio padre. Debes sentirte en la gloria,

supongo.

—La conveniencia del momento —dijo el pretendiente de su hermana— nos convierte en aliados de interés. El objetivo de Luis XII es el mismo que el de su antecesor: Nápoles. Nos favorece y nos honra porque sin nuestra colaboración no podrá conseguir el dominio de Cerdeña y Sicilia, el centro de gravedad político que prepara el monopolio de los galos en la península itálica.

—Utópico proyecto maquina su mente —opinó César.

—Aspiraciones no menos irrealizables desvelan a tu padre —expresó asertivamente el hijo del duque de Ferrara.

—Cierto —concordó el Príncipe—, ambiciona convertir los territorios pontificios en un estado unitario controlado por él desde Roma. Tu padre entiende que esta alianza cambiará para siempre el destino de Ferrara. Sobra decir que, por el tiempo que seas de la utilidad de Luis XII, tendrás el favor de la Santa Sede.

Mientras la palabra aún estaba en su boca, su hermana Lucrecia ingresó enardecida a la sala. Los guardias que estaban apostados a la entrada intentaron detenerla, pero no lo consiguieron.

—¡Miserable! —gritó la chica dirigiéndose al Gonfalonero—. No tienes corazón. ¡Te odio Alfonso de Este! ¡Te odio con toda mi alma, asesino!

—¡Lucrecia! —exclamó César—. No debes estar aquí.

Y de inmediato les ordenó a sus custodios—: Llévenla a su alcoba. Está desvariando.

Enseguida los centinelas la sujetaron de los brazos con fuerza.

—Suéltenla —solicitó Alfonso—, dejen que hable.

—Ya déjenme —ladró la joven a sus captores—, me lastiman. ¡Suéltenme, malditos!

—Obedezcan su voz —dijo su hermano a los soldados.

Al instante los hombres la liberaron y se hicieron a un costado.

—Mi esposo me amaba —sollozó Lucrecia dirigiéndose a su nuevo candidato—. ¡Asesino!

—Imagino que todo lo que tengo para darte no es suficiente para compensar lo que se te ha quitado —contestó conmovido el hijo del duque de Ferrara.

Lucrecia asintió con la cabeza y se dejó atrapar por los guardias sin oponer resistencia.

—Acompáñenla a su aposento —exigió César.

—No —suplicó la doncella—, a mi aposento no, por favor. Quiero estar con mi esposo, llévenme con él.

El Príncipe accedió a su petición y permitió que sus hombres la escoltaran hasta la enfermería del Palacio Apostólico. Inmediatamente después que Lucrecia se retiró, llegaron Rodrigo de Borja y Hércules I de Este.

—¡Paren todo! —dijo agitado el padre de César—. Algo terrible acaba de ocurrir. Alfonso de Aragón, mi yerno, ha sido brutalmente golpeado. Y juro que yo no...

—Intentaron asesinarlo en la Escalinata de San Pedro —lo interrumpió Hércules tan horrorizado como el Papa.

—Es cierto que Alfonso se negó a anular su enlace con Lucrecia —afirmó categóricamente Rodrigo— pero yo jamás di la orden de que lo mataran, jamás.

—¿Está grave? —inquirió Alfonso de Este.

—Está en la enfermería debatiéndose entre la vida y la muerte —resumió el Papa.

—Será la batalla más dura de su vida —señaló el padre del Gonfalonero.

—La más terrible de todas —agregó acongojado Rodrigo.

Y en el momento que el Santo Padre se expresaba ingresó al sitio el cardenal Tirodión, el hermano del duque de Ferrara.

—Su Alteza —dijo el prelado dirigiéndose a César—, su madre lo solicita.

—Iré en un momento —contestó el hijo de Rodrigo.

—Me temo que es urgente —insistió el purpurado.

—Está bien —respondió César. Y les dijo a todos—: Disculpenme.

Intuyendo lo que le esperaba, el Príncipe siguió a Tirodión hasta los jardines del Palacio Apostólico. Más allá de la arboleda podía apreciarse, enfrente, el eterno Coliseo; a la izquierda, el Foro y el Palatino; y a la derecha, a la distancia, los montes Albanos. Sólo unos pocos privilegiados podían dar un paseo por aquellos vergeles, a los que sólo el Edén un día superó en belleza. Pero a César no le importaba el paisaje, él presumía que su madre, Vannozza Cattanei, sabía toda la verdad y que lo reprendería con firmeza.

En un punto el cardenal que lo guiaba se detuvo y mirando a los ojos a César dijo cortésmente—: Solicitó que la espere aquí.

—Bien —respondió el joven oteando a su alrededor con ansiedad—, gracias Tirodión.

Luego el prelado dio media vuelta y se fue por donde vino.

Burlando la guardia papal, su servidor Ferimeo tuvo acceso al parque y, mientras iba al encuentro del Príncipe, rozó accidentalmente el hombro del tío de Alfonso.

El hijo de Rodrigo de Borja arqueó las cejas cuando lo vio llegar e ignorando

que Gúlia Farnesio, una de las amantes de su padre, estaba tomando aire fresco sentada en un banco por allí cerca, detrás de un arbusto, le dijo al capellán renegado—: Estoy disgustado. Alfonso de Aragón aún vive.

—La muerte es una corona que adorna la cabeza de aquel que ha corrido la carrera hasta terminarla —contestó Ferimeo.

—No me importa si el muy desgraciado llegó o no a su meta —expresó el Príncipe—. Sólo corónalo.

—Es Dios quien no me permite hacerlo —se excusó el homicida a sueldo—. Él lo está protegiendo.

—¡Mentira! —bramó el joven Borja—. “Los dioses están demasiado lejos para hacernos ningún mal o ningún bien”, Epicuro lo decía y yo lo sostengo. Termina tu trabajo y tendrás tu dinero. No quiero más contratiempos.

El esbirro sacó del pliegue de su sotana un pequeño frasco de vidrio y se lo entregó diciendo—: Una sola gota de esto es suficiente. Corónalo tú mismo. No me debes nada.

Mientras el sujeto se expresaba, César vio venir a su madre y le ordenó—: Finge tristeza.

—¿Qué? —preguntó desconcertado el ex capellán.

—¡Simula tristeza! —repitió el Príncipe indicándole con sus ojos que alguien se aproximaba a su espalda—. Inclina tu rostro a tierra, inclínalo.

—¡Oh sí, claro! —dijo Ferimeo agachando la mirada.

Al acercarse su madre César levantó la voz y dijo hipócritamente—: Ya deja de torturar tu alma, mi buen amigo. Dios cuidará de Alfonso de Aragón, sólo sigue rezando por él.

Y luego, entre dientes, le exigió—: Ahora esfúmate.

El matón se cubrió la cara con la capucha y se retiró antes de que César besara la mano de su madre.

—Acabo de enterarme —dijo el joven con voz santurrona.

—Imagino lo agitadas que deben estar tus emociones —declaró Vannoza.

Mi corazón es un río de aguas revueltas —admitió su hijo.

—“La expectación pospuesta enferma el corazón” —parafraseó la dama—, ¿no dice eso la Biblia?

Y para desenmascararlo añadió—: Aún no lo has conseguido, pero nada te detendrá hasta que lo hayas alcanzado.

—¿De qué hablas? —inquirió César con cierta incomodidad.

—Tú sabes a qué me refiero —le contestó su madre.

—Ah... —se quedó pensando el joven guerrero—, pues, así pacten mis

rivales con el mismo diablo, yo estoy decidido a acabar con el último escollo que se interpone en mi alianza con Luis XII de Francia.

—Ahora —dijo la mujer en respuesta—, cuando la Iglesia intenta asumir las luces y las sombras de su pasado, tú te das la libertad de los esclavos del pecado. Apelo a tu costado más humano César. Deja que Alfonso de Aragón viva.

—Lo siento madre —se excusó el Príncipe—, Luis XII desea asegurarse que no queden vestigios de las alianzas que hasta ayer nos unían a sus rivales.

—Pero el hijo del duque de Ferrara nunca fue su rival —objetó la dama—, y también deseas librarte de él. Soy tu madre, lo leo en tus ojos.

—Alfonso de Este morirá hoy mismo —admitió César— porque, si eso no sucede, yo jamás recuperaré mi cargo de Gonfalonero. Además, el hijo del rey Luis XII de Francia está solicitando la mano de Lucrecia y no podemos desaprovechar esta oportunidad.

—Tu padre nunca me habló de eso —le dijo Vannoza.

—No te entrometas —le contestó su hijo—, no tengo por qué seguir dándote explicaciones.

—Te equivocas, César —le contestó su madre—. No puedes obligar a tu hermana a una vida tan miserable. La condenas a que todos la llamen La Ramera del Papa.

—Mi hermano Jofré —ilustró su hijo— comprendió el encarcelamiento en Sant`Angelo de su esposa Sancha de Aragón. No se espera menos de Lucrecia. Ella debe aceptar que su enlace con el hijo de Alfonso II, rey de Nápoles, nos desfavorece.

—El rey de Nápoles —le indicó su madre— vengará el encierro de su hija Sancha, y la sangre de su primogénito Alfonso la reclamará de tu mano. No digas que no te lo advertí cuando la justicia de Dios te haya alcanzado.

—Dios es una invención de hombres como mi padre —se mofó César.

Al momento que el Príncipe acabó de pronunciar su última palabra, la criada Gulia Farnesio vino corriendo hacia ellos y los arrojó al suelo diciendo—: ¡Peligro!

Una flecha pasó silbando por la oreja del joven Borja. Y el que la había lanzado todavía estaba apostado en un balcón de la enfermería apuntando su arco hacia él. El tirador era su cuñado, duque de Bisceglia e hijo de Alfonso II, rey de Nápoles. El sujeto estaba muy mal herido, su cara presentaba profundas contusiones y su abdomen estaba envuelto en vendas teñidas de sangre.

—¡Te mataré, César! —gritó el esposo de su hermana con furia.

Después de aquello se descompensó y quedó tendido en el pretil del mirador.

Inmediatamente los galenos lo socorrieron y lo llevaron adentro. Mientras tanto, César se puso de pie y ayudó a su madre y a Gulia a levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó el joven a su madre.

—Estoy bien —le contestó Vannoza sacudiéndose el vestido—, descuida.

—Con esto él acaba de firmar su sentencia de muerte —masculló el Príncipe—. Lamento no poder complacerte madre.

—Y yo lamento haberte traído al mundo, hijo —le respondió la dama.

Tras un breve silencio ella miró a la criada y dijo—: Nos salvaste, Gulia. Lamento haber sido tan cruel contigo.

—¿Cuánto tiempo estuviste escondida? —le preguntó César a la sirvienta.

—¿Sólo eso te importa? —le recriminó su madre—. Hoy tu vida fue grande a los ojos de esta mujer. ¡Ella se arriesgó por nosotros! ¿Qué demonios te importa lo que escuchó o no escuchó? Comienza a tratarla con dignidad y guarda tus amenazas para quienes quieren verte muerto.

En suma, Vannoza le dio un beso de despedida en la frente a su hijo y se retiró acompañada por Gulia.

Un momento después, César se cruzó nuevamente con el cardenal Tirodión, quien le informó que su sobrino Alfonso de Este se hallaba en la Torre Borja.

Bustos de época se abrían ante el Capitán General de los Ejércitos Pontificios formando una galería. Adornaban las paredes selectas pinturas que representaban escenas religiosas. Poderosos pilares sostenían una bóveda ricamente adornada. Pero el hijo del duque de Ferrara se quedó embelesado con una lanza que estaba expuesta sobre una mesa y, vencido por la tentación, la tomó y comenzó a esgrimirla con sorprendente maestría.

De repente, César ingresó al lugar y al contemplar la escena le preguntó a Alfonso—: ¿Has vencido al fantasma?

—¡César! —exclamó el pretendiente de su hermana Lucrecia dejando el arma en su sitio—. No, en realidad, sólo estaba... No estoy seguro de haber visto nada igual. Este lugar está bendito.

—De hecho —comentó el Príncipe—, fue aquí donde Miguel Ángel terminó de esculpir el año pasado “La Piedad”, obra hoy exhibida en la iglesia de San Pedro. Con la aprobación de mi padre, el maestro se enclaustró en esta torre por meses hasta que la inspiración dio a luz la cosa más bella que hasta el presente el mundo cristiano conozca.

—Dudo que en los siglos venideros se levante un mecenas de la talla de tu padre —expresó Alfonso de Este.

Sus radiantes ojos después se posaron sobre una de las tantas pinturas y soltó

—: ¡Pinturicchio! ¡Increíble!

—Sus frescos son inconfundibles —opinó César—, ¿no crees?

—Ciertamente —contestó el Gonfalonero. Y añadió—: Únicos, como los de Da Vinci o los de Miguel Ángel.

—Cada vez que mi padre viene aquí —reveló el joven Borja— puedes verlo respirar el arte con las mismas ansias que un hombre sediento gusta un poco de agua en un terreno abrazado por el sol y estéril.

—¡Qué coincidencia! —dijo Alfonso de Este—. El mismo Sangallo me confesó haber sentido algo parecido en este rincón.

—Cuando arribó el primer oro del Nuevo Mundo —recordó César— le fue imposible a mi padre resistirse al piadoso impulso de recubrir con él el techo de una capilla de Santa María Maggiore, que edificó el mismo arquitecto que tú mencionaste. Pero el napolitano Julio della Rovere lo criticó abiertamente por eso.

—El difunto prior del convento de San Marcos —dijo el sobrino de Tirodión siguiéndole la corriente— hubiera hecho lo mismo.

—Naturalmente —convino el Príncipe—. El monje predicador que enardeció a los florentinos contra la Santa Iglesia en los tiempos de Carlos VIII hubiera visto propicia la ocasión para levantar la plebe romana contra nosotros, los llamados catalanes, como ocurrió tras la muerte de Calixto III. En aquella ocasión los insurrectos asaltaron los palacios de los “protegidos” del difunto Papa. Pero eso es historia y Savonarola ya no existe. Lo importante ahora es tu enlace con mi hermana Lucrecia.

—Dadas las circunstancias —dijo Alfonso de Este— dudo que ella desee ser mi esposa.

—Hay quien juzga imprudente aventurarse a una empresa cuando su fin se anuncia oscuro —filosofó César—. Pero tú no temes a nada, ¿verdad?

Ante aquella pregunta el Gonfalonero guardó silencio, por eso el hijo del Papa tomó nuevamente la palabra y dijo—: Hoy no ha sido un buen día para nadie. Alguna maldita voluntad intenta dividirnos. No importa quién o qué, sólo desea sembrar la duda, ponernos en contra, fragmentarnos. Es hora de que te ganes el corazón de Lucrecia.

Tras una breve pausa sacó un pequeño frasco de vidrio de su ropa y bajando el tono agregó—: Quiero darte algo que siempre llevo conmigo. Ahora es tuyo, hermano, tómalo.

—¿Qué es, exactamente? —inquirió Alfonso de Este tomando la poción con sospecha.

—Una sola gota de este brebaje puede cicatrizar en un instante la herida más profunda —le embaucó—. Haz que Alfonso de Aragón beba un poco de esta pócima ante los ojos de Lucrecia y, cuando él se reincorpore, mi hermana te amará por haberle salvado la vida.

—Nunca oí hablar de esto —admitió el Capitán General del Ejército Papal—. ¿Cómo sé que no es cantarella o algún caldo preparado a base de belladona?

—Confía en mí —le insistió César—. Si en verdad la amas, haz lo que te digo.

—Aceptaré tu ayuda, mi amigo —respondió el hijo de Hércules I de Este—. Dios quiera que con esto conquiste a Lucrecia.

Sin dilación Alfonso de Este se dirigió a la enfermería donde encontró a Lucrecia tomando de la mano a su convaleciente esposo. El duque de Bisceglia yacía inconsciente en una cama y la hija de Rodrigo de Borja estaba sentada en una silla a su lado.

Al percibir que su nuevo solicitante la estaba vigilando desde la puerta la doncella susurró sin despegar sus húmedos ojos de Alfonso de Aragón—: ¿Por qué sigues torturándome? ¿No es suficiente?

—Ojo por ojo —contestó el Gonfalonero—, diente por diente, vida por vida. He venido a saldar mi deuda, Lucrecia.

—Este es tu día de suerte —dijo la muchacha poniéndose de pie a la vez que clavaba sus enlutados ojos en él—. Mereces que te corte la cabeza de un mandoble.

Alfonso de Este desenvainó su espada, se la entregó a ella y se arrodilló con el rostro a tierra esperando su ejecución.

—Saco de carne putrefacta —le dijo la muchacha levantando el arma—, eres tan execrable como todos los que me rodean.

—Entonces mátame —solicitó su enamorado—, que nada te impida hacerlo.

Lucrecia estaba resuelta a acabar con él, pero, de repente, sus manos comenzaron a temblar y dejó caer la espada al piso diciendo—: Lo haría, si con ello pudiera revivir a mi esposo, pero eso es imposible.

El hijo del duque de Ferrara recogió el estoque del suelo, se irguió y lo enfundó asegurando—: Tu esposo no morirá.

Y enseñándole el pequeño frasco de vidrio que traía consigo afirmó—: Una sola gota de esto puede cicatrizar la herida más profunda.

—¿Cómo puedes estar seguro que eso no le hará más daño? —inquirió Lucrecia.

—Confía en mí —dijo Alfonso de Este.

—¿Tengo otra opción? —preguntó resignada la hija de Rodrigo.

—Tomaré eso como un sí —contestó el Gonfalonero—. Bien, aquí vamos.

—¡Dios mío! —exclamó Lucrecia mirando hacia el techo—. Esto es una verdadera locura.

En su inocencia el Capitán General de los Ejércitos Pontificios vertió un par de gotas del mejunje en la magullada boca del duque de Bisceglia, quien al instante comenzó a jadear y convulsionar hasta entregarse en un ronco suspiro.

La muchacha abrazó a su difunto marido gritando a voz en cuello—: ¡Socorro! ¡Ay no... no, no, no! ¡Esto no puede estar pasando!

Y sacudiéndolo de los hombros imploró con desesperación—: Responde, por favor. Abre tus ojos, querido. ¡No me dejes! ¿Me oyes, Alfonso? ¡Ay, no!

Luego de un silencio giró hacia Alfonso de Este y preguntó impotente—: ¿Por qué lo hiciste?

—Lucrecia —balbuceó el homicida—, yo... no tengo palabras.

—Déjame sola, engendro —gritó la chica descorazonada—. Acabaste con él... ¡ante mis propios ojos! ¡Me engañaste! ¡Confíe en ti!

De repente, la viuda se lanzó sobre él y lo abofeteó duramente diciendo—: ¡Asesino! Lo mataste, no tienes corazón ni humanidad.

—No —repuso Alfonso—, no es lo que parece. Escúchame...

—¡No! —rugió la joven—. ¡Escúchame tú! Deja de pretenderme, deja de actuar como si mi corazón te perteneciera.

En un ligero descuido ella le arrancó el pequeño frasco diciendo—: ¡Dame eso!

—¡¿Qué haces?! —la amonestó el Gonfalonero intentando quitarle el veneno.

—¡Aléjate o llamaré a los guardias! —le gritó Lucrecia.

—No lo hagas —le rogó Alfonso tendiéndole una mano.

—Se acabó —anunció la hija del Papa—, dile a mi padre que todo terminó.

—¿Esa es tu última voluntad? —inquirió sonriente el hijo del duque de Ferrara.

—¿Cuál es la gracia? —indagó desconcertada la muchacha—. ¿Acaso te regocijas en mi dolor? ¿Qué clase de caballero eres? ¿No entiendes que todo se acabó?

—Bueno —respondió su candidato—, en realidad me obligas a hacer algo que no deseo.

Tras decir aquello el Capitán desenfundó nuevamente su espada, se la entregó a la joven Borja y se retiró del lugar sin añadir una palabra.

La doncella se quedó confundida y, después de arrojar el arma al suelo, dijo —: ¡Aguarda! ¿A dónde vas?

Alfonso dio media vuelta y contestó—: A decirle a tu padre que todo se acabó.

—¿¿Qué?! —preguntó crispada la chica.

—Creí que esa era tu última petición —respondió el Gonfalonero.

—¿Te burlas de mí? —inquirió la joven—. ¿Para qué quiero tu espada?

—Mientras vivas te protegeré —dijo Alfonso en respuesta—, pero si te matas... si cometes el pecado que te conducirá al infierno, necesitarás una espada para enfrentar los peligros. Amo esa espada más que a todo, pero ahora es tuya. Quédatela, es un obsequio.

—¿¿Cómo?! —volvió a preguntar la hija de Rodrigo—. ¿A nadie le importo?

Alfonso se acercó lentamente a Lucrecia y mirándola a los ojos dijo—: Si quieres quitarte la vida, ¡adelante!

—Debes estar loco —le dijo la chica—. Eres patético.

—Irresistiblemente patético —aclaró el aristócrata arrebatándole con sutileza el pequeño frasco de vidrio de la mano.

—Tu ego me subleva —confesó la chica después de quitarle la poción por segunda vez—. ¡Ya basta de esta plática vacía!

—No permitiré que hagas esto —respondió Alfonso adueñándose del veneno otra vez.

—¿Por qué lo haces? —preguntó rabiosa la doncella.

—¿Qué cosa? —inquirió su admirador después de guardar el pequeño frasco en su vestidura.

—No dejas que mi luz se extinga —contestó Lucrecia.

—¿No temes ir al infierno? —indagó el Gonfalonero—. Si mueres te llevarás a un inocente contigo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañada la muchacha—. ¿Quién te lo dijo?

—Adiviné —contestó el hijo del poderoso duque de Ferrara.

—¿Fue mi criada! —explotó la doncella—. Le ordené a Gulia que guardara el secreto. Ahora entiendo a mi madre. ¡Es inútil pedir peras al olmo! Pero sí, estoy esperando un hijo y lo llamaré Rodrigo, como mi padre.

—Ruega que él te perdone esta villanía —prosiguió la joven Borja— porque yo no lo haré.

—Hubiera deseado hacerte esta pregunta en otras circunstancias —expresó Alfonso de Este luego de un pequeño silencio.

—Sí —contestó desdeñosamente Lucrecia—, la respuesta es sí. No tienes

nada que preguntar. Tú quieres casarte conmigo por conveniencia, eres títere de mi padre, quien más que todo desea congraciarse con el rey de Francia. Y yo acepto ser llamada esposa del hijo del poderoso duque de Ferrara, porque mi destino camina abrazado a la desgracia.

—Yo te amo, Lucrecia —confesó Alfonso—. Te juro que todo esto es un terrible malentendido.

—Todo esto es tu culpa —acusó Lucrecia—. Eres igual a todos los hombres. Te desprecio con toda mi alma, Alfonso de Este. Desde mañana tendrás mi cuerpo, pero mi corazón estará enterrado por siempre junto a mi difunto marido.

Por último, la muchacha lanzó una mirada de indignación y se marchó del recinto sin mirar atrás.

CAPÍTULO DOS

Consternada hasta lo más profundo la doncella corrió hasta el campanario de la iglesia de San Pedro, se acurrucó en un rincón oscuro y lloró sus penas en silencio.

Siendo niña fue prometida a Don Querubín de Centellas, señor del Valle de Ayora, y luego al Conde de Prócida, Don Gaspar d`Aversa. Anulados ambos acuerdos por su padre, a la edad de trece años contrajo nupcias por primera vez con Giovanni Sforza, Conde de Pesaro, y fue nombrada gobernadora del ducado de Espoleto de Milán. Dos años después la alianza que unía a los Borja con la familia feudal más poderosa que reinaba en la Lombardía y Milán había perdido sentido para Rodrigo. Abolido aquel primer enlace fue dada en matrimonio a Alfonso de Aragón, duque de Bisceglia, hijo de Alfonso II, rey de Nápoles. Poco después, con deseos de granjearse el favor del rey Luis XII de Francia, los Borja procuraron casar a Lucrecia con Alfonso de Este, Capitán General de los Ejércitos Pontificios, hijo de Hércules I de Este, potentado duque de Ferrara. Con este objeto César, hermano de Lucrecia, ordenó asesinar a Alfonso de Aragón en la escalinata de la iglesia de San Pedro, pero el atentado resultó infructuoso. En su convalecencia, el hijo del rey de Nápoles fue visitado por Alfonso de Este, quien confundiendo veneno de áspide con antídoto milagroso acabó con su vida ante los ojos de su esposa.

Desde su más tierna infancia Lucrecia fue educada por Gulia Farnesio, aristócrata quebrada y amante de Rodrigo. El hermano de la criada fue nombrado cardenal junto al sanguinario César, de diecisiete años. Seis años después el hijo predilecto de Rodrigo consiguió que su padre lo liberara de su condición de prelado y fue nombrado Gonfalonero de la Iglesia. Fue suyo aquel título sólo por los siguientes dos años, cuando su padre se lo quitó para entregárselo al hijo del poderoso duque de Ferrara.

A criterio de la Princesa el nuevo Gonfalonero merecía chamuscarse en la hoguera. Pero no había poder en su ser para vengarse. La muchacha lloró largo rato en su impotencia hasta que unas manos tomaron las suyas y le devolvieron la vida. Su madre la había visto salir corriendo de la enfermería y la siguió hasta la iglesia. Ahora estaba junto a su hija, acompañándola en su dolor.

Por fin Lucrecia levantó sus ojos y enjugándose una lágrima declaró—:

Detesto mi vida. Estoy cansada, no puedo más.

—Lo sé —contestó su madre—. Y yo odio verte pasar por eso, hija.

—Todo el mundo desea poder y riquezas —continuó la muchacha—; yo sólo deseo una vida normal.

—Por eso Gulia te guiará por el camino que debes ir —dijo su madre en respuesta—. Levántate, date prisa, debes irte antes que vengan por ti.

—Pero podrías recibir la pena capital si descubren que tú... —repuso Lucrecia.

—Lo sé —respondió Vannozza ayudando a su hija a erguirse.

—No tienes que hacer esto, mamá —dijo la doncella.

—Quiero hacerlo —le contestó su madre—. Eres parte de mí, lo entenderás cuando seas madre. No puedo permitir que sigan humillándote.

—¡Mamá! —exclamó Lucrecia dándole un ligero abrazo.

—Todo estará bien —afirmó Vannozza.

—Pero mi destino está marcado —repuso la joven Borja.

—¡Tonterías! —le dijo su madre—. ¿Acaso no dice el adagio: “Cada cual es artífice de su propio camino”? Tú haces tu calzada, tú escribes tu historia, recuérdalo siempre.

—Ahora —añadió Vannozza—, ve al depósito y ponte una armadura completa. No dejes que nadie vea tu rostro. Gulia te estará esperando en el establo. Montarán las bestias y partirán sin mirar atrás. No saludarán a ningún extranjero y no se detendrán aunque vean a Roma arder hasta los cielos.

Con la fe puesta en Dios, su madre la tomó de las manos y le besó tiernamente la frente diciendo—: Dios te proteja, querida.

—Te echaré de menos, madre —dijo Lucrecia.

—Iré a verte cuantas veces me sea posible —le prometió Vannozza—. Ya es hora, debes irte.

—Sí —respondió fortalecida su hija.

—Camina despacio Lucrecia —le sugirió su madre—. Que tus pasos no levanten sospechas entre la guardia del palacio.

—Mi gratitud, madre —dijo la chica inclinando levemente su cabeza en reverencia, y partió.

Tal como imaginaba, Alfonso de Este halló a su padre platicando con su hermano Tirodión en el claustro del Palacio Apostólico. En medio de aquel patio ajardinado podía observarse una fuente de agua, esculturas de mármol cinceladas por el mismo Miguel Ángel, enormes rocas semiesféricas plantadas al azar y una yunta de pavos reales.

Al acercarse oyó a su tío susurrar—: No hay secreto demasiado escondido que nunca llegue a revelarse.

—¿Qué insinúas? —preguntó el padre de Alfonso.

—Mi tío tiene razón —interrumpió el Gonfalonero—. Yo asesiné al duque de Bisceglia. Es inútil negarlo. Asumiré las consecuencias.

—¿Estás loco? —inquirió Tirodión—. Debes huir mientras puedas. Caíste en una trampa de César... ahora tú eres el villano de la historia.

—¡¿Qué?! —soltó el padre del Capitán—. Tú no estabas en la escalinata de San Pedro cuando Alfonso de Aragón fue salvajemente golpeado, ¿verdad? Entonces, ¿por qué te adjudicas su muerte?

—Padre —dijo Alfonso—, no hay tiempo. Todo lo que tienes que saber es que tu vida y la mía corren serio peligro aquí. Tienes que irte, monta un caballo y aléjate de aquí cuanto antes. Vuelve a Ferrara y asegúrala.

—¿Por qué? —inquirió Hércules—. ¿Quién querría matarnos?

—César está conspirando contra todos —afirmó Alfonso—, y me temo que hasta su padre está en su lista negra. Me utilizó para matar a su cuñado, con eso él pretende librarse de mí. Con el camino despejado, supongo que entregará a Lucrecia a un candidato más conveniente que yo y, finalmente, desplazará a su padre, lo despachará y usurpará su trono.

—¡Eso es... terrible! —expresó el duque de Ferrara azorado—. No puedo creer que César esté detrás de todo esto.

—Él me engañó, padre —aseguró Alfonso.

—Hijo —le contestó el duque de Ferrara—, Rodrigo dedicó su vida a construir un estado sólido. Está a un paso de lograr un estado unitario regido por él desde aquí. Cuando cumpla su cometido sentará sobre su trono a su orgullo, al brazo armado de todas sus campañas militares, a César.

—Rodrigo —señaló en voz baja el joven Gonfalonero mirando hacia los costados— parece ignorar que su hijo favorito nunca pudo superar aquellos días de cautiverio bajo Carlos VIII de Francia. Cuando lo rescaté de los galos juró vengarse algún día de aquel que permitió que lo tomaran de rehén.

—César —le respondió su padre— entiende que su cautiverio motivó a su padre a coligar contra los galos a la república de Venecia, a los ducados de Mantua, Ferrara y Milán, a castellanos y aragoneses, incluso al mismo imperio de Maximiliano I y, desde luego, a la Santa Sede. Los ejércitos de la Santa Liga derrotaron a Carlos VIII en Fornuove y lo obligaron a replegarse, lo que posibilitó, claro está, su liberación. Rodrigo saldó su deuda sobradamente. Como ves, lo que dices no tiene asidero.

Rápidamente Alfonso sacó del pliegue superior de su atuendo un pequeño frasco de vidrio y le preguntó—: ¿Qué te dice esto?

—¿Cantarela?! —inquirió su padre observando fijamente la poción.

—Veneno de áspides —respondió su hijo.

—¿Cómo llegó a tus manos? —preguntó el duque de Ferrara.

Lucrecia pensó que ordené ejecutar a su esposo para casarme con ella — contestó el Gonfalonero—. El duque de Bisceglia sobrevivió al ataque en la escalinata de San Pedro y fue atendido por los galenos del Santo Padre en la enfermería. César me entregó este frasco cuando estábamos a solas en la Torre Borja y prometió que Lucrecia me amaría si le devolvía la vida a su esposo. Así fue como mi propia mano dio de beber este veneno al hijo del rey de Nápoles.

—Ahora entiendo —dijo Hércules—. Destruye ese veneno antes de que ocurra otra desgracia. Y escúchame con atención, quiero que busques a Julio della Rovere. Si las tribulaciones de los tiempos no hicieron de él otra persona, tal vez pueda ayudarte a tomar el rumbo que se espera de cualquier hombre prudente. Es muy probable que lo halles en la armería.

—Yo no me fiaría de alguien de su condición —le aconsejó el hermano de su padre.

—¿Por qué no? —preguntó desconcertado Alfonso.

—Verás —le explicó su tío—, a la muerte de Ferrante de Aragón se desataron graves conflictos sobre el reino de Nápoles entre aragoneses y franceses. Por decisión de Rodrigo de Borja la corona pasó por línea directa al hijo de Ferrante, Alfonso II. Aquello fue excusa suficiente para que Carlos VIII de Francia se lanzara a la conquista de la península itálica. Su entrada triunfante en Milán le dio impulso para avanzar hasta Florencia, enardecida por las soflamas visionarias de Savonarola y abandonada a su suerte por los Médicis. El monarca galo movilizó sus ejércitos hasta de Lucca y al fin se encontró en el Vaticano. A pesar de su poder, Rodrigo se retiró al castillo Sant`Angelo. Resumiendo, contra todo pronóstico, el rival más temido de los Borja, el cardenal Julio della Rovere, logró conquistar al simplón conquistador. Su intervención sirvió para que Carlos VIII reconociera a Rodrigo como el legítimo Papa. Pero, con el objeto de asegurarse la colaboración de la Santa Sede, aleccionado de ante mano por Julio, Carlos VIII exigió al Papa a su hijo César como rehén. Así, también, pretendía dejar protegida su retaguardia, mientras Julio conseguía que los Borja respetaran sus posesiones. Tiempo después, la Santa Liga derrotó a aquel monarca galo en Fornuove obligándolo a replegar sus ejércitos. Consciente de que tarde o temprano Rodrigo lo decapitaría, Julio

adoptó ante él un talante de cordialidad y hasta le expresó filial obediencia. En la actualidad Julio camina por los pasillos del Palacio Apostólico con la sensación de que la proverbial espada de Damocles pende sobre su cabeza. Él es más astuto que Rodrigo y con la misma cuerda que te rescata del pozo después puede ahorcarte.

—Solamente Julio conoce todos los puntos débiles de los Borja —le respondió su sobrino.

Y dirigiéndose a su padre dijo—: Es mejor que te vayas. Reza por mí.

—Lo haré, hijo —le prometió Hércules I dándole un ligero abrazo.

Tras aquello Alfonso se fue por un lado y su padre y su tío por otro.

Y mientras se alejaban por las galerías del palacio, el Duque le dijo a su hermano Tirodión—: Que Dios me perdone, pero creo que César es el diablo en persona.

—César sólo es un demonio —le respondió sonriente el purpurado—, su padre Rodrigo es el diablo.

—No lo invoques —murmuró el dignatario de Ferrara siguiéndole la corriente—, o harás que aparezca.

Al tiempo que Hércules se expresaba, el cardenal vio venir a Vannoza Cattanei y dijo—: Adelántate, hermano. Hay un asunto urgente que debo atender. Enseguida te alcanzo.

Cuando la dama notó la presencia de Tirodión intentó ignorarlo y apuró el paso, pero el caballero la tomó del brazo sin saber que detrás de una de las columnas de la galería se escondía Rodrigo.

—No intentes escapar —le dijo el religioso a Vannoza—. Puedo ver que has estado llorando.

—Ese no es asunto tuyo —respondió la mujer librándose de él.

Ése viejo decrépito no es digno de ti —le susurró al oído el prelado.

—¿Por qué insistes? —inquirió la amante del Papa—. Sabes que nada cambiará las cosas.

—Estás cargando un peso insoportable —le dijo el hombre apoyando su pecho contra su hombro—. No puedes ganar esta guerra sin mí. Ven al confesionario en cuanto puedas.

—Por favor, Tirodión —repuso la dama alejándose de él—. Esto es una locura, deja de coquetearme. Demos gracias que hasta ahora nadie nos descubrió.

—No temas —insistió el príncipe de la Iglesia—. No me veas como un ángel, después de todo soy un hombre de carne y hueso. Y te necesito como tú

me necesitas.

—Sabes que mi respuesta es no —contestó con firmeza la mujer.

Pero el sujeto la tomó sorprendentemente del brazo una vez más y tras robarle un beso dijo—: Te esperaré. No te demores.

La dama simplemente asintió con la cabeza y siguió su camino con toda naturalidad. Tirodión, por su parte, se fue tras su hermano. Y, cuando ya no hubo nadie a la vista, Rodrigo salió de su escondite respirando venganza.

Entre tanto, el Gonfalonero se dirigió a la Sala de Armas donde esperaba encontrar a Julio della Rovere. El recinto era largo y estrecho. Cortando la oscuridad de la habitación unos rayos de sol caían desde las altas celosías del norte sobre las apretadas filas de yelmos y corazas que reposaban sobre diferentes anaqueles de madera. Ocultos bajo un manto de sombra yacían espadas, dagas, lanzas, escudos, ballestas, flechas, arcos y demás paramentos de combate. Lucrecia, quien había llegado primero al lugar, se encontraba escogiendo un casco. Tenía el cabello recogido y sobre su espalda colgaba un escudo circular que tenía grabado la insignia del Vaticano. Bajo su cota de malla sobresalía una camisa de malla que le llegaba hasta las rodillas y llevaba ceñida a su cintura una espada selecta. De súbito, las enormes puertas entreabiertas comenzaron a gruñir al girar sobre sus goznes. Alfonso las empujó lentamente y entró sin saber qué le esperaba. Dominada por el temor, la doncella dejó caer al suelo el yelmo que estaba inspeccionando. Rápidamente se ocultó tras un escaparate y allí permaneció un momento conteniendo la respiración.

Temiendo ser emboscado por César, el hijo del poderoso duque de Ferrara desenfundó su arma y avanzó furtivamente hasta el centro de la sala.

—¿César, hermano, eres tú? —inquirió Alfonso de Este.

Y, como nadie respondió, escudriñó los rincones esgrimiendo hábilmente su espada. Pronto vio el casco en el piso y se inclinó a recogerlo diciendo—: Ningún yelmo cae a tierra por sí solo.

Al mismo tiempo que él se expresaba la muchacha le arrojó una vitrina y lo aplastó. Ella saltó sobre el Capitán, quien había caído de bruces, y apuntándolo con su espada lo retó diciéndole—: Ponte de pie y pelea.

—¿Lucrecia? —balbuceó el Gonfalonero.

—¡Arriba! —le ordenó la joven.

—No pelearé contra una mujer encinta —dijo Alfonso tras levantarse.

—¡En guardia! —gritó amenazante la chica—. Te mataré, maldito.

En un pestañeo el Capitán le sujetó la mano y la abrazó fuertemente por detrás.

—¿Qué haces?! —preguntó Lucrecia.

—Mientras tú hablas yo actúo —presumió el militar.

—Suéltame —le exigió la Princesa—, o gritaré tan fuerte que...

—Que vendrá César y te dará por esposa a quien le plazca —concluyó su pretendiente.

—Los hombres como tú —expresó la doncella— sólo una cosa saben hacer bien, además de parlotear con tanto esmero, temblar ante mi padre y mi hermano.

—Yo no le temo a nada —prosiguió la viuda—. Ya me quitaron todo lo que me ataba a este mundo.

—Si dejaras de victimizarte un momento —le contestó Alfonso dejándola libre— podrías ayudarme a salvar a tu padre.

—¿Salvarlo de quién? —indagó Lucrecia—. ¿Quién intenta hacerle daño a mi padre?

—El mismo que envió sus criados a atacar a tu esposo en la escalinata de San Pedro —respondió el Gonfalonero—, el mismo que me dio veneno por antídoto milagroso, el mismo que me prometió que ganaría tu corazón si le daba a beber esa poción al hijo del rey de Nápoles ante tus ojos, el mismo al que llamas hermano.

—¿César?! —exclamó la muchacha horrorizada enfundando lentamente su espada. Y luego de un silencio preguntó—: ¿Cómo sé que dices la verdad?

—La verdad fue lo que hablé desde que llegué —contestó Alfonso—, pero tú no me escuchaste. Debemos hacer algo por tu padre antes de que sea demasiado tarde.

Lucrecia dio media vuelta y admitió—: Estando su corazón alegre por el vino el día de su investidura como duque de Romaña, mi hermano me confesó sus odios. Habló de acortar los días de mi padre. Decidí que no hablaba en serio y olvidé sus palabras como quien borra de la memoria aquello que considera irrelevante.

Después de una prolongada pausa giró hacia Alfonso y añadió—: Lo he visto conspirar con habilidad y sin misericordia en el vidrioso seno del Colegio Cardenalicio. Ahora sé que es capaz de traicionar al único que jamás lo traicionaría. ¡Por Dios! Ahora todo tiene sentido, él está conspirando contra mi padre.

Estando la palabra todavía en su boca ingresó al recinto Julio della Rovere. Su toga orlada y con botones rojos era de un negro intenso y brillante. Una esmeralda adornaba su anillo dorado.

—¿Interrumpo algo? —preguntó el religioso con frescura.

—¡Julio! —exclamó la doncella y corrió a abrazarlo—. ¡Gracias al cielo estás aquí!

—¡Oh hija! —le respondió el cardenal al tiempo que el Gonfalonero se aproximaba—. Acabo de llegar de un largo viaje y nadie me recibió con tanta alegría. ¡Qué ironía que seas la hija de mi peor enemigo!

—Él es Alfonso de Este —declaró Lucrecia—, hijo del poderoso duque de Ferrara.

—Al fin tengo el honor de conocer en persona al hombre que todos respetan y obedecen —dijo Julio saboreando cada palabra—. Admirado por Luis XII de Francia, enaltecido por Rodrigo de Borja y envidiado por el mismísimo César. ¡Qué privilegio! ¡Oh, sí!

—Oí que vino a desposarse con Lucrecia —agregó tras una ligera pausa—. Acepte, por favor, mis bendiciones anticipadas.

—Sus bendiciones son aceptadas con placer, Eminentísimo —contestó Alfonso.

—Olvide los títulos —le solicitó el prelado—. Puede llamarme Julio, como lo hacen todos mis amigos.

Y dirigiéndose a la doncella inquirió—: ¿Qué significa la armadura que lleva puesta?

—Mi esposo acaba de ser asesinado —respondió la muchacha dejando su escudo sobre un estante—. Esto sólo es un disfraz para huir de aquí.

—¡Cuánto lo siento! —se lamentó el purpurado—. ¡Qué tragedia! ¿Pero qué ganará fugándose?

—Admito que ese era mi designio —reconoció Lucrecia—, pero acabo de descubrir un complot contra mi padre.

—Creo que no estoy entendiendo bien —dijo Julio confundido.

—César ordenó el asesinato de mi esposo —resumió la Princesa— y creemos sin sombra de duda que está tramando usurpar el trono de mi padre. No permitiré que mi hermano le haga daño.

—Necesitamos su ayuda —dijo el Capitán General de los Ejércitos Pontificios.

—El problema es mayúsculo —contestó el príncipe de la Iglesia—, pero quien nada arriesga nada gana. Escuchen, lo más probable es que perdamos la vida en el intento, pero si mi plan funciona tengan la seguridad de que las intrigas de César terminarán para siempre.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Alfonso de Este.

—Sólo golpéenme aquí —contestó el napolitano señalando su capelo cardenalicio.

—¿Disculpe? —inquirió Lucrecia desconcertada.

—Deben golpearme —repitió el cardenal—. Es parte de la estrategia, no teman.

Y devolviéndole su escudo a la chica dijo—: Dame tu mejor golpe.

—¡Esto es absurdo! —expresó la muchacha—. No puedo hacerlo.

—Si quieres salvar a tu padre tendrás que herirme —insistió el religioso levantando la voz.

—¿Está seguro de esto? —preguntó dubitativa la hija de Rodrigo.

—Completamente —respondió el prelado—. ¡Vamos, estoy listo!

—Está bien —dijo Lucrecia—, aquí voy.

En resumen, la joven Borja cerró sus ojos, concentró sus fuerzas y le propinó un duro golpe en la sien a Julio, quien cayó de bruces al suelo. Alfonso de Este se inclinó en el acto a socorrerlo. Con una mano levantó su cabeza y con la otra buscó un pañuelo en su toga.

—¡Oh mi Dios! —se lamentó Lucrecia tras arrojar el escudo al suelo. Y arrodillándose a un costado del cardenal soltó—: ¡Está sangrando! Ay Dios, me excedí. ¿Crees que esté muerto?

El Capitán enseguida detuvo la hemorragia apretando el pañuelo sobre la herida y tranquilizó a la chica diciendo—: Descuida, estará bien. Sólo es un rasguño. El golpe le provocó un desmayo, es común que así sea. Puede que despierte en un instante o en un par de horas. Hay que dejarlo descansar.

Cuando Alfonso dijo la última palabra Julio comenzó a reincorporarse.

—¡Está despertando! —dijo Lucrecia exaltada—. ¡Es un milagro!

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —inquirió el cardenal tocándose la cabeza.

—Ni siquiera un minuto —respondió el Gonfalonero.

—Excelente —susurró Julio.

—¿Y ahora qué? —indagó Alfonso ayudando al purpurado a levantarse.

—Un último favor —contestó el religioso—, hieran mi toga con una daga, desgárrenla.

Ante tan particular pedido sus oyentes se miraron uno al otro arqueando sus cejas.

—No se demoren —les ordenó el cardenal—, la vida del Santo Padre está en peligro, ¿cierto?

—Debemos hacer lo que nos pide —dijo el Capitán a la Princesa

desenfundando su pugio.

Mientras tanto, el joven César de Borja regresó al Santo Salón Real y encontró a su padre sentado en su trono, flanqueado por dos cardenales. Había guardias armados en cada esquina y una veintena de prelados desparramados a lo largo y ancho del recinto cuchicheando entre sí. El tema de discusión no era otro que el asesinato del hijo del rey de Nápoles.

—Roguemos, hermanos —les dijo el papa Alejandro VI a sus interlocutores—, que el misterioso asesinato de Alfonso de Bisceglia no desate la furia del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

—Castellanos y aragoneses —reconoció el cardenal que estaba a su izquierda— fueron nuestros aliados el día que expulsamos de nuestras tierras a Carlos VIII de Francia y sus huestes. Sin su apoyo jamás lo hubiéramos logrado. Fue una bendición tener a Gonzalo de nuestra parte. Su colaboración no merece este pago.

—Creerá que nosotros lo despachamos —adujo con gran preocupación el purpurado que estaba a su derecha. Y añadió—: No importa cuánto nos esforcemos por compensarlo, él acabará con nosotros.

—No, hermanos —repuso el religioso que estaba a la izquierda de Rodrigo de Borja—, nadie correrá tal suerte. Por supuesto que pensará que nosotros lo hicimos, pero existe una forma de aplacar su ira vengativa.

—¿Cuál es tu táctica? —preguntó su par con cierto escepticismo.

—¿Qué propones? —inquirió Rodrigo.

—Se presume que el hijo del rey de Nápoles murió envenenado —argumentó el dignatario que estaba a la izquierda del Papa—. Si eso es correcto...

—Eso no es seguro —replicó el cardenal que estaba plantado a la derecha del trono—. Cierto, su cuerpo fue encontrado en avanzado estado de descomposición, pero eso no basta para probar la hipótesis de un supuesto envenenamiento. Hay que tener presente que...

—Les ahorro tiempo, Eminencias —interrumpió César.

Ante aquello todos los presentes se llamaron al silencio y clavaron sus ojos en él.

—Los galenos —agregó el joven Borja— acaban de confirmarme que Alfonso de Bisceglia efectivamente murió envenenado.

—Gracias, gran Príncipe —dijo en tono santurrón el prelado que estaba a la izquierda del Santo Padre.

—¡Pe... pero cómo es posible! —tartamudeó el purpurado que estaba a la derecha de Rodrigo—. ¿Quién haría algo así?

—Dudo que a Gonzalo le interese saber cómo asesinaron a Alfonso de Bisceglia —expresó el Papa—. Si fue la espada o el veneno... son detalles. Su mejor amigo está muerto, punto. Alguien acaba de meternos en graves problemas.

—El empleo de un elemento u otro en la ejecución del hijo del rey de Nápoles —afirmó el purpurado que se erguía a la izquierda de Rodrigo— es clave para determinar el perfil del asesino. ¿Estamos hablando de un perfecto calculador o de un simple patán? Cada detalle, por insignificante que parezca, nos acerca a la verdad. Propongo que una vez que hayamos descubierto al homicida le cortemos la cabeza y se la enviemos a Gonzalo. Eso tal vez lo disuada de cometer una locura, ¿no les parece?

—Si alguien tiene una mejor idea —dijo Rodrigo— le concederé uso de la palabra.

Todos se miraron entre sí sin emitir ningún sonido, apoyando tácitamente la idea de obsequiarle al gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba la cabeza del malhechor.

De golpe, las compuertas del Santo Salón Real se abrieron e ingresó Julio della Rovere sostenido por el Gonfalonero y un misterioso soldado enfundado en una armadura. La persona que mantenía secreta su identidad bajo un yelmo era Lucrecia y nadie lo sospechaba. Cuando los presentes vieron al archienemigo de Rodrigo malherido se quedaron perplejos y le abrieron paso.

—¡Julio! —se escandalizó el Papa poniéndose de pie al instante—. ¿Qué te sucedió?

Todo el mundo estaba especulando en voz baja pero cuando percibieron que Julio iba a hablar enmudecieron y prestaron más de la acostumbrada atención.

—Su Eminencia —dijo el cardenal a viva voz—, perdone a los que me hicieron esto mientras intentaba librar al hijo del rey de Nápoles.

—¿Quiénes fueron? —inquirió enardecido Rodrigo de Borja—. Dame sus nombres y te daré sus cabezas. El error es demasiado grave. Nadie lastima impunemente a un miembro del Colegio Cardenalicio, nadie. La justicia divina exige que el culpable sea muerto, así sea mi propio hijo César. No temas Julio, si sabes la verdad...

—¡Ay señor mío! —exclamó afligido el prelado—. Por favor, no me pida su nombre.

—Guardar silencio te convertirá en su cómplice —le aclaró el Sumo Pontífice.

—¡Qué encrucijada! —contestó piadosamente el napolitano.

—¡Habla Julio! —le ordenó Rodrigo ofuscado—. ¿O quieres que el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba acabe con todos?

—¡No! —respondió Julio en el mismo tono—. Pero me duele tanto decir...

—Debes decirme quién está detrás de todo esto —le intimó el Papa— o te juro que...

—Temo que su corazón no lo resista —manifestó preocupado el purpurado.

—No trates de enredarme —bramó Rodrigo incisivamente—. ¿Por qué mi corazón no resistiría la verdad? Dime Julio, no te lo pediré otra vez.

—Porque el asesino es —respondió el cardenal—, es...

—¡Dios santo! —gritó autoritariamente Rodrigo—. ¡Dilo de una vez!

—El asesino es tu amado hijo César —reveló Julio al fin.

Nadie lo podía creer y una exhalación colectiva hizo retumbar las paredes del salón. César era el centro de atención, pero el Príncipe no se dio por aludido.

—¿Ordenaste la ejecución de Alfonso de Bisceglia? —inquirió enérgicamente Rodrigo a su hijo.

—No —contestó fríamente César.

—Pruébalo —le ordenó su padre.

—Guardias —dijo César—, registren al anciano y al Gonfalonero.

Al instante un par de custodios palparon a Julio y a Alfonso de Este. Uno de los sujetos halló un pequeño frasco de vidrio oculto entre las prendas de vestir del hijo del poderoso duque de Ferrara e inmediatamente se lo entregó al Príncipe.

—¡Veneno! —exclamó César levantando el recipiente con su mano derecha para que todos pudieran verlo—. Ponzoña de áspides, diez veces más letal que cantarella.

La entera asamblea quedó estupefacta y devastada.

—¿Qué dices en tu defensa, Alfonso? —preguntó Rodrigo a viva voz.

—No digas una palabra —le aconsejó en voz baja Julio al Capitán General de los Ejércitos Pontificios—. Todo lo que digas será usado en tu contra.

—Mi padre te amó como a un hijo —dijo el joven Borja dirigiéndose a Alfonso de Este— y yo como a un hermano. ¿Por qué nos traicionaste? ¿Por qué despertaste la ira de Gonzalo Fernández de Córdoba contra nosotros? Hubiera dado mi vida por ti. Ahora nos obligas a darle tu cabeza al Gran Capitán.

Dicho aquello, César les ordenó a sus hombres—: ¡Préndalo! ¡No dejen que escape!

De inmediato todos los escoltas del Papa rodearon al Gonfalonero y sus secuaces. Al verse sin salida Alfonso y el “soldado misterioso” desenfundaron

sus estoques y se pusieron en guardia flanqueando a Julio della Rovere.

—¡Alto! —dijo Rodrigo de Borja a sus protectores. Y mirando a César preguntó—: ¿Qué te hizo pensar que Alfonso tenía el veneno? Soy tu padre, piensa bien lo que vas a decir. ¿Crees que no me doy cuenta que tú estás detrás de todo esto? ¿A quién quieres engañar?

—Santo Padre —admitió Alfonso de Este para sorpresa de todos—, yo envenené al hijo del rey de Nápoles.

—¿¿Qué? —dijo Rodrigo de Borja tocándose el corazón.

De pronto, el Papa se desvaneció y fue asistido por sus galenos. Mientras tanto, César desenfundó su espada y se midió en combate con Alfonso de Este al mismo tiempo que el “soldado misterioso” resguardaba la integridad de Julio della Rovere agitando su espada al aire con increíble habilidad.

La violencia con que el Príncipe y el Gonfalonero se propinaban estocadas obligó a todo el mundo a replegarse. Únicamente los militares se mantuvieron cerca formando un cuadrilátero inexpugnable.

Ahora bien, sucedió que los contendientes entrelazaron sus espadas y debieron dar un giro completo sobre sus ejes antes de seguir luchando.

Uno de los prelados observó con admiración—: La furia con que se intercambian estocadas no es menos apasionante que la de los púgiles de antaño.

—Lo mismo digo —concordó otro de los presentes—, si hasta parecen gladiadores salidos de las arenas del antiguo Coliseo. Que Dios me perdone, pero este espectáculo es majestuoso.

Entre tanto, los guardias se lanzaron sobre Julio y el “soldado misterioso”, quien arremetió contra todos con un semidiós. Nada les aseguraba salir vivos, pero en un giro del destino el Gonfalonero retrocedió sobre sus pasos y cayó de espaldas al tropezar con un cuerpo. Rápidamente un soldado le aplastó la mano con el pie y le arrebató su espada de una patada. Ante eso, el “soldado misterioso” derribó al sujeto lanzándole una daga al cuello. Pero ya nada pudo hacer cuando el Príncipe le pisó el pecho a Alfonso y levantó su espada con el objeto de cercenarle la cabeza.

En el preciso momento que el Capitán estaba a punto de ser ejecutado, Rodrigo de Borja se reincorporó y gritó a voz en cuello—: ¡Suficiente!

Su hijo volvió el rostro hacia su padre y con sus manos todavía levantadas dijo jadeante—: Lo que tú ordenes.

Bajando la guardia, el “soldado misterioso” enfundó su arma y le tendió una mano a Alfonso con la intención de ayudarlo a levantarse. Y cuando menos lo esperaban, César hundió su espada a sangre fría en el abdomen del guerrero

desconocido. Tras verlo caer, también intentó liquidar al hijo del poderoso duque de Ferrara.

—¡Detente, César! —le exigió su padre.

Al mismo tiempo, Alfonso gateó hasta el “soldado misterioso” y quitándole el casco soltó un grito desgarrador. Al fin todos descubrieron la verdadera identidad del combatiente, el “soldado misterioso” no era otra persona que Lucrecia de Borja. Al verla tendida en el suelo todos se persignaron y su padre se descompensó una vez más y debió ser llevado por sus galenos a su aposento. Mientras, César enfundó su espada y se prosternó ante su hermana llorando amargamente.

—Perdóname Lucrecia —le dijo el Príncipe.

—No me dejes —le suplicó Alfonso mientras un hilo de sangre brotaba de la boca de la muchacha.

—Por favor, hermana —vociferó el joven Borja sacudiéndola vigorosamente de los hombros—. Yo no quise... perdóname. ¡¿Qué te hice?! Dios mío, no puede ser.

La bella Princesa feneció y nadie lo podía creer. César y Alfonso se levantaron y se miraron con un odio infernal. Y cuando parecía que el hijo del Duque estaba acabado, el Príncipe le perdonó la vida. El Gonfalonero juntó las fuerzas que le quedaban, miró con profunda tristeza los rostros de los soldados que aún lo asediaban y luego escrutó a Lucrecia por última vez. Inesperadamente, el joven Borja le devolvió su espada y lo dejó ir. Alfonso se retiró vencido y se alejó maquinalmente sin saber a dónde lo llevarían sus pies.

Una batalla de emociones se libró también dentro de César, quien corrió por los pasillos del Palacio Apostólico errante y compungido. Sin darse cuenta se enclaustró en la biblioteca donde volvió a cruzarse con Ferimeo, el capellán renegado que le había entregado el veneno. El sicario estaba robando algunas páginas de un libro de pociones cuando fue descubierto por el Príncipe.

Y después de guardar entre sus prendas de vestir las hojas hurtadas dijo con toda naturalidad—: Sé lo que pasó y lo lamento. Pero tienes que saber que existe un maldito animal que se arrastra por el suelo y come polvo. Puedes hundirle una espada en el vientre, puedes cortarlo en dos, pero no morirá. Su huida significa peligro y su mordida, muerte. Es posible vencerlo, basta con quitarle la cabeza.

—Te daré todo lo que pidas —contestó César arrastrando las palabras—, sólo tráeme su cabeza.

—No se trata de lo que puedas darme —le respondió Ferimeo—, esta vez se

trata de lo que Alfonso me puede quitar. Te agradezco la oferta, pero si quieres acabar con él tendrás que hacerlo tú mismo. Yo me haré humo. ¡Buena suerte, César!

Dicho aquello, el siervo se retiró de la biblioteca ocultando su rostro bajo su capucha.

CAPÍTULO TRES

Cuando abrió sus ojos, el papa Alejandro VI se vio recostado en su diván. De pronto, Vannozza ingresó disimuladamente a la habitación.

—¿No deberías estar con tus invitados? —inquirió la dama mientras se perfumaba como si nada frente a su espejo.

—No hables —le ordenó Rodrigo mirando fijamente el techo.

—¿Qué ocurre? —preguntó la madre de sus hijos.

—¿Nunca has oído hablar del silencio que precede a la muerte? —indagó su concubino con la voz apagada.

—¿De qué hablas? —demandó su mujer percibiendo que él ya estaba al tanto de su aventura amorosa con el cardenal Tirodión.

—¿Tantos años juntos y aún no sabes leer mi rostro? —se lamentó Rodrigo mirándola a los ojos.

—El oído prueba las palabras como el paladar gusta los alimentos —dijo Vannozza en respuesta—, y tus palabras saben más amargas que hiel. Algo terrible acaba de pasar y no quieres decirme.

—¿Dónde estabas? —curioseó el anciano.

—Estaba muy ocupada —mintió su amante—, ultimando los detalles del gran banquete de presentación. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada —contestó Rodrigo astutamente. Y luego le solicitó—: Siento frío, Vannozza. Necesito que me abracés.

La dama estaba cada vez más segura de que el padre de sus hijos había descubierto su infidelidad, pero no podía desobedecer un pedido del Papa. Además, realmente se lo veía afiebrado, así que se prosternó ante él y lo abrazó titubeante.

—Lucrecia ha muerto —manifestó Rodrigo sin rodeos.

—¿No es posible! —exclamó la dama mirándolo al rostro.

—Supéralo, Vannozza —le dijo el Santo Padre—. Nadie es Dios, nadie vive para siempre. Nuestra hija falleció, es todo.

—¿Dios mío! —sollozó la mujer horrorizada aferrándose a su hombre—. ¡Mi hija no! Me estás mintiendo, Rodrigo. Dime que es otra de tus malditas tretas. Quiero verla, ¿dónde está?

—Serénate —le solicitó el Vicario de Cristo oprimiéndola salvajemente

contra su pecho—, te doy mi palabra de que la verás enseguida.

—¡Me asfixias! —dijo Vannoza comenzando a desfallecer. Y con voz mortecina rogó—: Suéltame, Rodrigo. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Auxilio!

Aquel fue el nefasto final de Vannoza Cattanei y nadie pudo evitarlo, ni siquiera su malcriado hijo César, quien por casualidad ingresó a la habitación un momento después de su deceso.

—Disculpen —se excusó el joven Borja creyendo que la mujer que lo trajo al mundo simplemente se había dormido en los brazos de su padre—, siento interrumpir. Volveré más tarde.

—No —dijo su progenitor—, espera César. Tu madre está muerta, Alfonso de Este la asesinó. Ve por él hijo, no dejes que escape. Tráelo vivo, quiero tener el placer de arrancarle el aliento con mis propias manos.

César se quedó perplejo por un instante, luego se aproximó a su madre y le dio un beso en la mejilla diciendo—: Juro que tu muerte no quedará impune, madre. Descansa en paz.

Engañado de aquel modo, el joven Borja desenfundó su espada y se retiró del lugar sediento de venganza.

Tras la imprevista muerte de Lucrecia, Alfonso de Este deambuló hasta la atestada plaza del mercado. Allí tuvo una visión asombrosa. Contempló a una doncella tan parecida a Lucrecia que por un momento creyó que había resucitado. Sin embargo, la muchacha que estaba de compras en un puesto de comestibles ni siquiera notó que era observada con gran admiración por el hijo del poderoso duque de Ferrara. La joven lucía un vestido rústico, sandalias gastadas y llevaba un canasto de mimbre vacío. Se la veía feliz, inocente e impoluta. Y mientras olía una manzana que acababa de comprar rozó accidentalmente el hombro del Gonfalonero, quien la dejó ir sin decirle una palabra.

En aquel preciso instante llegó su tío Tirodión por detrás y tocándole el hombro le dijo—: Sobrino, parece que viste un fantasma.

—Lucrecia acaba de morir —le reveló Alfonso sin ambages.

—Creo que no escuché bien —le dijo el cardenal incrédulo.

—César la asesinó —le aclaró acongojado el hijo de su hermano—. Y no sé qué habrá hecho con Julio della Rovere. Si no lo despachó todavía, es posible que lo haya enviado a la mazmorra.

Y mientras hablaba, la expresión de su rostro cambió completamente. Al notar que César venía a paso firme, enmudeció y se esfumó entre la multitud. No

obstante, el Príncipe tomó desprevenido a Tirodión y lo arrinconó contra la rueda de una carreta apuntándole su espada al cuello. El sanguinario hijo de Rodrigo se creía dueño del mundo y nadie tenía los arrestos para enfrentarlo, de modo que el cardenal moriría si no colaboraba con él.

—¿Sabes cuál es el precio de la traición? —le preguntó odiosamente el joven Borja.

—Estás cometiendo un grave error, César —respondió el amante de su madre.

—Mi único error —dijo tenso César— es permitir que se siga prolongando la existencia de saboteadores como tú. ¿Dónde está Alfonso? Lo vi hablando contigo.

—¿Y ahora qué hizo mi sobrino? —inquirió el purpurado sonriendo con nerviosismo.

—Asesinó a mi madre —contestó furiosamente el Príncipe— y por su culpa mi hermana está muerta. No juegues conmigo, anciano. Dime adónde fue.

—Tu madre... —balbuceó desconfiado el prelado— ¿murió? ¿Dices que ella murió?

—Alfonso la mató —ratificó César—, ¿eres sordo?

—No puede ser —dijo incrédulo el religioso.

—¿Me estás llamando mentiroso? —preguntó el joven Borja—. Te crees demasiado astuto, ¿verdad? Quiero ver cómo tus sutilezas te salvan esta vez.

—¡Espera! —rogó Tirodión—. Tu madre me lo contó todo. Tú acabaste con el hijo del rey de Nápoles. Es obvio que usaste a mi sobrino de coartada. Y si tu hermana está muerta... ¿qué tienes para ofrecerle ahora a Luis XII de Francia? Si me matas quedarán contados tus días de gloria, te lo garantizo.

—De acuerdo —respondió César enfundando su espada—, me privaré del goce de degollarte porque lo que más me interesa en este momento es escuchar tu confesión. Seré indulgente contigo, te doy mi palabra.

—No hay palabra en que confíe si viene de ti —declaró el cardenal—. Sólo hablaré ante el rostro de tu padre.

—Correcto —dijo el hijo de Rodrigo tomándolo bruscamente del brazo—. ¡Camina!

De aquella manera César condujo a Tirodión ante su padre, quien todavía seguía recostado en su mullido canapé con los ojos perdidos en el techo.

—Padre —expresó el joven Borja—, ya llegará el tiempo de la resignación. Ahora es el tiempo de la venganza.

—Si tu hermano Luis estuviera vivo... —se lamentó Rodrigo tamborileando

tristemente los dedos sobre su abdomen.

—Apuesto que serías más feliz si yo estuviera en su lugar y él en el mío —lo interrumpió su hijo amargamente.

—¡Por supuesto que sí! —le gritó su padre poniéndose repentinamente de pie.

—Haré que te sientas orgulloso de mí —prometió César inclinando ligeramente su cabeza ante él. Y levantando la voz agregó—: Luis y Juan son el pasado. Yo soy el presente y el futuro. Hice todo lo que esperabas de mí. Ahora necesito que escuches todo lo que Tirodión tiene que decir.

—¡Habla! —le ordenó el Príncipe al cardenal empujándolo groseramente hacia adelante.

—¡Dios salve al Santo Padre! —exclamó Tirodión hincándose de rodillas ante el papa Alejandro VI.

—¿Qué revelación tienes para mí, Tirodión? —indagó Rodrigo mirándolo con los ojos desorbitados.

—Hoy hago confesión de mis pecados ante ti, oh magnífico Alejandro VI —anunció el prelado.

—¿Con qué propósito? —inquirió el padre de César—. Lo hecho está hecho, pero si tienes una palabra que decir en tu defensa... adelante.

—¡Arriba! —le exigió el Príncipe al purpurado levantándolo del brazo.

—Ante todo —suplicó Tirodión ya erguido—, jura por el Todopoderoso que no me matarás.

—¿No entiendes? —preguntó Rodrigo extrañamente calmado—. Eso dependerá de lo que digas.

Tras aquello, el Papa hizo señas con las manos y los guardias que lo custodiaban se retiraron del lugar cerrando la puerta tras de sí.

—Fruto de un amor prohibido —manifestó el prelado— entre Vannoza Cattanei y tu antecesor, el papa Inocencio VIII, nació Lucrecia... y su hermana gemela, Ayora. Temiendo que tarde o temprano tú usurparas su trono, el Sucesor de San Pedro decidió dejar una de las niñas al cuidado de su verdadera madre. En cambio, a la otra criatura la dio en adopción a unos siervos del poderoso duque de Ferrara con la esperanza de que algún día se convirtiera en un ser puro y noble, capaz de ponerle fin a tu tiranía.

—A cambio del cardenalato —añadió Tirodión— yo mismo entregué la niña a los campesinos.

—Prosigue —dijo Rodrigo con gran interés.

—Desde el punto de vista de Dios —declaró el tío de Alfonso de Este— tu

gobernación siempre ha sido ilegítima, no sólo por acceder al poder a través de simoníacos procedimientos sino por...

—Era justo y necesario hacer lo que hice —le interrumpió el Papa. Y se justificó diciendo—: Si Inocencio VIII se tardaba un poco más en morir probablemente hubiera sido imposible aunar los monarcas rivales de la cristiandad contra la amenaza turca. Pero... ¡espera! ¿Sabes si esa muchacha vive todavía?

—Sí, su Santidad —confirmó Tirodión—. La hermana gemela de Lucrecia aún vive. Y si deseas prolongar tu pontificado, sugiero que ordenes traerla y prepararla para que sea dada en matrimonio al hombre de tu conveniencia.

—Tirodión —sentenció Alejandro VI poniéndole una mano al hombro—, hoy tus pecados son perdonados. Quedas libre de toda culpa.

El sujeto respiró aliviado sin reparar en la oscura mirada que Rodrigo lanzó a su vástago. Rápidamente el joven Borja desenfundó su espada e hirió mortalmente al cardenal en el vientre.

—Diremos que fue suicidio —manifestó el Papa—. Nadie que a sí mismo se mata merece ser enterrado. Ordena quemar sus restos junto a los de tu madre antes que caiga el sol.

—Mi madre no es mujer pagana para merecer cremación en lugar de entierro —repuso César enfundando su espada.

—No discutas —le exigió su padre—, obedece. Y respecto a Julio della Rovere... inventa una buena historia y haz rodar su cabeza a vista de todos. O préndelo fuego, da igual. Pero no quiero que el pueblo sepa la verdadera razón de su ejecución, ¿haz entendido?

—Seré prudente —contestó su hijo, y se retiró.

—Espera —dijo Rodrigo antes de que César saliera de su alcoba. Y entregándole una carta sellada que traía consigo expresó—: Quiero a la chica. Y también quiero que esto le llegue al gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba esta misma noche, si es posible. Prepara a tu mejor hombre y que parta cuanto antes al sur.

Su hijo aceptó la misión y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

En cuanto al cardenal napolitano, fue trasladado desde su calabozo a la plaza que estaba frente al Palacio Apostólico por dos verdugos encapuchados. Malherido e indefenso se dejó arrastrar hasta una gran plataforma de piedras labradas, donde por orden de César fue encadenado a un poste de madera. El Príncipe levantó su mano derecha y la multitud reunida guardó silencio.

Mimetizados entre el gentío se encontraban algunos príncipes de la Iglesia, el

hermano menor de César, Jofré, e incluso Alfonso de Este, quien estaba enfundado en una sotana de color rojo sangre y con el rostro oculto bajo una capucha.

Esgrimiendo la bula papal el joven Borja levantó la voz y presentó los cargos contra el acusado—: Cardenal Julio della Rovere, por cuanto has urdido un contubernio con los turcos en contra de la cristiandad es mi deber, como guardián de la ley y el orden, aplacar con fuego todas tus maquinaciones.

Y dirigiéndose a sus matones ordenó—: ¡Aceite y fuego!

Al instante los sujetos comenzaron a bañar con líquido inflamable al condenado, quien juntando sus últimas fuerzas levantó sus ojos al cielo y rogó piedad. Indiferente a su súplica el hijo de Rodrigo hizo señas a sus hombres para que continuaran.

Sorprendiendo a todos, Alfonso de Este se descubrió la cara y gritó con valor —: Rogó misericordia. ¡Muestra tu grandeza, César!

Haciéndose eco de sus palabras todo el mundo comenzó a gritar “¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad!” Y ante tal presión el Príncipe empezó a arder en cólera, mas no se dejó intimidar.

—No habrá piedad para los traidores —declaró enérgicamente César dirigiéndose al Gonfalonero— ni para los homicidas como tú, Alfonso de Este.

—Y de inmediato ordenó a los guardias—: Préndanlo y tráiganlo aquí.

En el acto varios soldados se lanzaron sobre Alfonso, no obstante, Jofré de Borja le brindó ayuda y lo libró con su espada.

A la vez que intercambiaba estocadas con sus oponentes el hombre se presentó al hijo del poderoso duque de Ferrara diciendo—: Soy Jofré, hijo de Rodrigo de Borja.

Y al tiempo que le protegía la espalda le entregó un estoque que acababa de arrebatarse a un oponente expresando—: Dicen que eres maestro en esto, enséñame.

—No es que sea ingrato con la providencia —respondió Alfonso de Este rehusando tomar el arma— pero no he venido a derramar sangre sino a preservarla.

Mientras ellos hablaban la caballería arremetió contra la multitud y la dispersó en un instante. Todo era agitación y desorden.

—Si no quieres morir —dijo Jofré—, escapa conmigo. ¡Vamos!

Sin responder una palabra Alfonso se arrodilló en el empedrado a la espera de su ejecución. La gente corría de un lado a otro, pero para el Gonfalonero todo era silencio. El hermano de César se alejó viendo cómo los soldados lo arrojaban

al suelo dándole patadas en las costillas y la espalda. Lo aporrearon sin descanso hasta el punto de dejarlo moribundo.

Y cuando estaban por arrebatarse la vida intervino César diciendo—: ¡Ya es suficiente! ¡Déjenlo!

Tras eso el Príncipe clavó sus ojos en el linchado y disponiéndose a cortar la cabeza manifestó—: Debiste escapar mientras podías.

—Estoy listo, César —dijo Alfonso entregado.

Y cuando pensó que su vida había terminado, el Gonfalonero divisó otra vez entre la muchedumbre a quien parecía Lucrecia resucitada. Con eso cobró fuerzas y en un parpadeo arrojó al joven Borja de una patada al suelo. Le quitó su espada y se la enterró en el abdomen al soldado que más lo había golpeado. Rápidamente se abrió paso a la plataforma de ejecución con la tenacidad de un león y liberó a Julio della Rovere, quien tras darle un ligero abrazo se evaporó entre el gentío como un fantasma. Luego, el Gonfalonero lanzó su espada con todas sus fuerzas contra un militar que venía al trote sobre un corcel. Habiéndolo derribado, montó su caballo y escrutó todos los rincones deseando hallar a la doncella. Entre tanto, vinieron refuerzos en auxilio del Príncipe. Alfonso estaba rodeado, pero lo que más temía era que sus sentidos lo estuvieran engañando. De modo que aceptó la pérdida y huyó al galope.

Entrada la noche, a una gran distancia de allí, en Seminara, Reino de Nápoles, el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba se encontraba oteando el horizonte sobre una enorme roca pelada. Detrás de él había decenas de tiendas de campaña y sus hombres se estaban calentando alrededor de una fogata. Súbitamente, se oyó un traqueteo y Gonzalo percibió que alguien se acercaba al galope. Enseguida él se puso de pie y desenfundó su espada, y los soldados que lo acompañaban también se pusieron en guardia. Por fin el forastero encapuchado se apeó de la bestia y se aproximó lentamente al Gran Capitán. Al llegar ante el honorable estratega se descubrió el rostro y se prosternó en señal de respeto mientras los custodios de Gonzalo lo apuntaban con sus armas. Y sin decir una palabra el mensajero le entregó una carta sellada con el anillo del papa Alejandro VI.

El caudillo tomó el sobre, rompió el sello y leyó la carta en silencio. Sus hombres entendieron que no eran buenas noticias ya que vieron caer unas lágrimas de los ojos de su líder mientras estrujaba la hoja.

Después de un momento Gonzalo plantó sus vidriosos ojos en el extraño y preguntó—: ¿Cuál es tu nombre?

—Ferimeo, hijo de Memucán —respondió el siervo de César de Borja.

—El cielo quiso que fueras portador de la noticia más triste —dijo apenado el Gran Capitán—. Has cumplido tu misión con éxito, Ferimeo. Necesitas recobrar fuerzas mientras la prisa te lo permita. Come, bebe y duerme un poco porque mañana a primera hora volverás al Gran Maestro de la Suprema Orden de Cristo llevándole mi respuesta. La muerte de mi mejor amigo, de mi hermano del alma, Alfonso de Aragón, no quedará impune. El hijo del poderoso duque de Ferrara pagará lo que ha hecho. Mejor que se esconda porque ha despertado a un monstruo.

CAPÍTULO CUATRO

Tras la frustrada ejecución del cardenal Julio della Rovere en la plaza que estaba frente al Palacio Apostólico la hermana gemela de Lucrecia, Ayora, regresó a su humilde hogar situado en la boscosa periferia del castillo de Borgos, en el margen derecho del Tíber. Y al mismo tiempo que Ferimeo, mensajero de César, reponía fuerzas en el campamento del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, la doncella y su familia disfrutaban una cena.

Su cabaña era pequeña pero acogedora. La estufa estaba encendida y decenas de velas iluminaban el ambiente. La muchacha estaba acompañada por su padre, su madre, su hermano y su hermana menor.

Los platos ya estaban servidos por lo que el hombre de la casa tomó la palabra y dijo—: Daremos gracias.

Al instante todos, excepto su hijo menor, inclinaron sus cabezas.

—Hijo —le dijo amorosamente su madre—, obedece a tu padre.

—¿Dar gracias? —inquirió el muchachito mirando con asco los alimentos.

—Hay gente que no tiene qué comer —lo animó su padre—. Nosotros al menos tenemos esto, lo cual es razón suficiente para ser agradecidos con Dios.

—¡Caldo de repollo y pan duro! —refunfuñó el chico—. Siempre lo mismo, papá. Soy un niño, esto me revienta el estómago.

—¡Miguel! —lo reprendió su madre abochornada.

—No —le dijo su esposo—, él tiene razón. Déjalo hablar.

—¡Él no puede faltarnos el respeto de esta manera! —manifestó su mujer descorazonada.

—Tranquila —respondió serenamente Tartán.

—Nosotros... —dijo su esposa dirigiéndose a su hijo con la voz entrecortada—, quisiéramos darles... pero esto es todo lo que podemos ofrecerles.

—Si papá me dejara ir con él —contestó el niño— tal vez...

—¡Tal vez nada! —le interrumpió secamente su padre golpeando la mesa con su mano derecha.

—¿Por qué? —insistió el pequeño poniéndose de pie.

—Ya hablamos de esto —le contestó exacerbado Tartán— y sabes que la respuesta es no.

—Pero papá... —protestó el chico.

—No tienes edad suficiente —le respondió su padre—. Si quieres que las cosas mejoren, lo único que debes hacer es cuidar a tu madre y tus hermanas mientras yo no esté.

—¿Te irás, papá? —curioseó su hija menor.

—Sólo un par de días —le respondió cariñosamente Tartán.

—¿Volverás? —inquirió la niña.

—Sí, pequeña —le contestó su padre en tono apacible.

—¿Lo prometes? —le preguntó la muchachita.

—Lo prometo —dijo Tartán con una mano en el corazón.

—Dices que no tengo edad suficiente para ir contigo —continuó su hijo menor caminando hacia la puerta—. Pero, ¿quién cuida las cabras mientras tú y mamá labran la tierra?

—Ayora —respondió su padre sin rodeos.

—Perfecto —gimoteó el chico—, si no quieres llevarme no me lles. Esto es injusto.

—¿Qué es injusto, Miguel? —le preguntó su madre temiendo que huyera de la casa.

—Tener que sufrir así —contestó el pequeñuelo—. ¿No lo ven?

—Hijo —le respondió su madre—, ten paciencia. No siempre comeremos caldo de repollo. Ya vendrán tiempos mejores.

—Hace años escucho las mismas palabras —lloriqueó el niño abriendo lentamente la puerta.

—¿A dónde vas? —inquirió su madre irguiéndose.

Y mientras la esposa de Tartán se expresaba la puerta se abrió repentinamente y el mismísimo Alfonso de Este se desplomó sobre el pequeño Miguel. El muchachito quedó aplastado en el suelo bajo el ignoto y comenzó a gritar desesperado.

—¡Mamá! —aulló aterrado el chico—. ¡Quítenmelo! Hagan algo, me aplasta.

Instantáneamente toda su familia corrió a socorrerlo y al ver malherido al sujeto que estaba sobre su hijo lo levantaron y lo recostaron en una cama.

—Parece muerto —dijo la niña.

—Yo casi muero —enfaticó su hermano mirando con asombro al extraño.

—¡Dios mío! —soltó la mujer de Tartán en voz baja—. Es un cardenal, no puedo creerlo.

—Al menos está vestido como un príncipe de la Iglesia —respondió su marido asomándose por la ventana—. No sabemos, lo mejor será dejarlo

descansar.

—¿Hay alguien afuera? —le preguntó su esposa.

—Creo que no —le respondió su cónyuge mirando con cautela por la abertura—. Pero veo un corcel ensillado que se aleja como el viento.

—Salgamos, estamos haciendo mucho ruido —agregó Tartán alejándose de la ventana—. Este hombre fue atacado y necesita nuestra ayuda. Entibien agua y preparen paños limpios. Vamos, déjenlo respirar.

Al día siguiente, cerca del mediodía, el anfitrión estaba en el patio de su casa cortando leña sobre un gran tocón. De repente, oyó que alguien pisó una rama seca y al girar su cabeza sobre su hombro vio venir a Alfonso de Este.

Tartán se inclinó en reverencia y exclamó sorprendido—: ¡Eminentísimo!

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó el Gonfalonero de buen humor—. ¿Mucho trabajo y poca diversión?

—Anoche llegó tan golpeado que pensé que por tres días no despertaría —respondió el padraastro de Ayora irguiéndose nuevamente—. ¡Bienvenido a nuestra humilde morada!

—Cuando los vientos soplan —ilustró Alfonso— el junco se dobla, pero siempre permanece en pie. Y si estoy aquí es gracias a ti.

—Su Eminencia —dijo Tartán—, disculpe mi atrevimiento. Mi familia y yo estamos honrados de hospedarlo, pero no podemos entender qué clase de gente lo atacó. ¡Mire su mano! Le robaron su anillo, ¿verdad?

—Estoy vivo —le contestó piadosamente el hijo del poderoso duque de Ferrara—, agradezco ese milagro.

—Lo entiendo —dijo el labriego agachando la mirada. Y tras un breve silencio inquirió—: ¿Puedo pedirle un favor, Eminencia Reverendísima?

—Claro —respondió Alfonso—, estoy en deuda contigo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Puede que no sea el momento ni el lugar —expresó Tartán—, pero tengo que confesarle mi error.

—Aguarda —dijo enseguida el Gonfalonero—, aclaremos algo. Yo no soy hombre de Dios. Mi nombre es Alfonso de Este y no soy cardenal. Yo robé esta sotana. Mi lugar está en el campo de batalla, no en los púlpitos. Soy el Capitán General de los Ejércitos Pontificios, hijo del poderoso duque de Ferrara, Hércules I de Este.

—Oh —soltó Tartán—, ¿es broma? Veo que la desventura no le amargó el espíritu, Eminencia. Bueno, ¿por dónde empiezo? ¡Ah, sí! Resumiendo: Después de la muerte de nuestro primer hijo nos fue dada una niña, un ángel. Un clérigo

llamado Tirodión me entregó la criatura ante los ojos de Dios. La llamamos Ayora y le dimos todo lo que estuvo a nuestro alcance. Con el tiempo supimos que el mismísimo papa Inocencio VIII y Vannozza Cattanei eran los verdaderos padres de la criatura. Debimos devolverla, pero no lo hicimos por miedo a que nos confundieran con sus raptos y nos asesinaran. Así que hoy ella está aquí, con nosotros.

—Me esmeré por enseñarle el uso de las armas de guerra —añadió el sujeto—. Ella sabe luchar mejor que cualquier hombre y, además, tiene un magnífico don: se comunica con las bestias. ¡Los animales le obedecen! Pero yo sé que tarde o temprano vendrán por ella y ese temor no me deja ser completamente feliz.

—¿Cuál es tu nombre? —indagó Alfonso.

—Tartán —contestó el hombre.

—Bueno Tartán —juzgó el hijo del poderoso duque de Ferrara—, desde el punto de vista de Dios hiciste lo correcto. Yo te debo la vida así que, en compensación, te doy mi palabra de que nada malo le sucederá a tu familia.

—¿De verdad? —preguntó emocionado Tartán. Y dándole un ligero abrazo dijo—: ¡Gracias! ¡Muchas gracias, Eminencia! Por favor, almuerce con nosotros.

—Por supuesto —contestó Alfonso sonriendo—. Muero de hambre. Pero dame un momento, antes necesito hablar a solas con Dios.

—Hábitos son hábitos —dijo el padrastro de Ayora recogiendo unas leñas del piso y cargándolas sobre su hombro—. Tome el tiempo que necesite, no hay prisa. Debo llevar esto; con su permiso, Eminencia.

Tartán rehusó creer la verdad y se retiró con el espíritu renovado sintiéndose privilegiado de hospedar a un purpurado. Al llegar al comedor alimentó el fuego de la estufa mientras su esposa acomodaba la mesa con la ayuda de sus dos hijas.

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó el caballero.

—Debe estar jugando con sus amigos —le respondió su mujer—. No te preocupes, lo llamaré en un momento.

—Amor —dijo Tartán tras terminar su trabajo—, prepara un plato más. El cardenal comerá con nosotros.

—Cariño —le contestó respetuosamente la dama—, no creo que sea buena idea despertarlo.

—Él ya se levantó —le respondió su marido.

—¿Cómo?! —soltó su esposa maravillada—. ¿De verdad? ¡Es un milagro! El pobre estaba destruido.

—Se lo ve mejor —le informó el hombre.

—¿Y dónde está? —inquirió su compañera.

—Está orando en el patio —abrevió Tartán.

Y al mismo tiempo que el cabeza de familia se expresaba, su pequeño hijo entró corriendo al comedor y se ocultó bajo la mesa.

—¿Qué ocurre, Miguel? —le preguntó preocupada su madre.

—Hay unos hombres malos que están quemando el pueblo —informó el niño agitado sin abandonar su escondite.

—¡No es posible! —dijo su madre tapándose la boca.

Su padre tomó enserio las palabras de su hijo y se asomó por la ventana para confirmar lo que acaba de escuchar. Y, efectivamente, estaba sucediendo lo que el niño advirtió. De modo que se dirigió a la puerta delantera y mientras la trancaba fue embestido por un grupo de soldados armados. Tartán cayó al suelo y fue salvajemente golpeado ante su familia.

Al fin el oficial a cargo de la guarnición tomó la palabra y dijo mirando con desprecio sus alimentos—: ¡Qué aroma tan nauseabundo! Puedo jurar que la Ciénaga de los Muertos huele mejor que esta porquería. Caldo de repollo y pan duro, ¡qué asco!

—En fin —añadió—, el plazo para la compra de indulgencias ha caducado. Todos quieren ir al cielo, pero nadie quiere pagar. ¿Por qué me obligan a hacer el trabajo sucio?

—Oficial —dijo el campesino desde el suelo—, solamente nos falta cubrir la cuarta parte de lo estipulado. Hicimos lo posible, hasta nos privamos de comer carne, pero no llegamos a juntar todo el dinero.

—Ese es tu problema —le contestó el militar apuntándolo con su espada. Y le aclaró—: Yo no volveré al Santo Padre sin su tributo.

Luego el sujeto miró a sus hombres y ordenó—: Ejecútenlo afuera.

—Por favor —le suplicó Tartán arrodillándose a sus pies mientras su hija menor lloraba silenciosamente en el regazo de su hermana Ayora—, solamente pido un día más.

Ante aquello el oficial le dio una violenta patada en el rostro y lo dejó inconsciente.

—La iglesia de San Pedro se cae a pedazos y tú pides un día más —dijo enervado el militar escupiéndole el rostro como si aún pudiera oírlo—. Un día más y el edificio se derrumbará aplastando al Papa. No tienes idea de lo que pides. Alejandro VI no puede esperar hasta mañana para arrojar la vieja iglesia de San Pedro y levantar otra. Sin fondos no hay nueva iglesia. Y si no vas a comprar tus indulgencias hoy... morirás y te irás al infierno.

Así, los soldados arrastraron a Tartán como un costal de papas hasta la puerta trasera.

—¡No! —gritó su esposa colgándose desesperadamente de él—. ¡Déjenlo! ¡Por favor!

—No estorbes, ramera —le contestó uno de los bravucones dándole una bofetada.

Y sin que nadie lo invocara, Alfonso de Este apareció en aquel preciso momento con el rostro oculto bajo su capucha y preguntó con autoridad—: ¿Qué es todo este alboroto?

—¡Su Eminencia! —dijeron sorprendidos los militares doblándose de rodillas ante él.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió el Gonfalonero haciéndose pasar por cardenal.

—Yo le explicaré, Eminentísimo —dijo el oficial con la faz aún inclinada al piso.

—¿Intentas burlarte de mí? —le preguntó Alfonso seriamente—. Explícaselo a Dios o al diablo cuando mueras, porque lo que han hecho hoy es imperdonable. ¿Crees que no tengo autoridad para ordenar su ejecución?

—Lo lamentamos, Eminencia Reverendísima —expresó el sujeto levantando la vista con temor.

—¿Quién te dio permiso para ojearme? —le preguntó furiosamente el hijo del duque de Ferrara.

—Apíadese de nosotros —le imploró el sujeto volviendo a agachar la mirada—, tenemos familias que nos están esperando. Además, sólo seguíamos órdenes.

—¿Por qué no te callas? —le exigió Alfonso—. ¿Con quién crees que estás hablando? Hombres como ustedes arruinan la imagen de la Santa Iglesia. Pero si quieres que este asunto quede completamente olvidado y que no llegue a los oídos del Santo Padre... tendrás que hacer lo que yo te ordene.

—Por supuesto —contestó el oficial manteniendo la vista pegada al suelo.

—Tú —demandó el Gonfalonero— y absolutamente todos los hombres que están a tu cargo vendrán al cementerio esta noche, a las ocho, y beberán el Cáliz del Perdón a los ojos de todo el pueblo. Pero antes devolverán lo saqueado. Sólo así los libraré de la mano de Rodrigo de Borja. ¿Quedó claro?

—Sí, Eminentísimo —respondió con vigor el líder de la guarnición.

—Bien —dijo Alfonso viendo a Tartán reincorporarse—, ya pueden desaparecer. ¡Fuera de mi vista! ¡Largo!

En conclusión, los soldados le rindieron pleitesía y se marcharon por donde

ingresaron.

Y para tranquilizar a la más pequeña de la casa el Gonfalonero le obsequió un fino paño azul diciendo—: Un día le perteneció a mi madre, ahora es tuyo. Es un pañuelo mágico. Cuando lo aprietas con fuerza la tristeza y el miedo desaparecen.

Al caer la noche, decenas de lugareños se reunieron secretamente en una taberna para oír a Jofré de Borja. Mientras bebían unos tragos escucharon atentamente al hijo rebelde de Rodrigo que se dirigió a ellos parado sobre una mesa.

Y poco antes de que el joven abriera su boca ingresaron sigilosamente Tartán y un acompañante cuyo rostro estaba oculto bajo la capucha de su vestidura cardenalicia.

No había tiempo que perder, de modo que el caudillo levantó la voz y dijo—: Mis hermanos, sé que todos respetan la ley y el orden teocrático, sin embargo, se los deshonra. Los líderes que deben protegerlos los lastiman. Ustedes pagan sus impuestos, pero a cambio reciben un trato insolente. Lo que hoy sucedió aquí... ¡por Dios! Tanta injusticia me subleva. Porque cuando los reyes pierden la vergüenza los siervos pierden el temor. Mi padre es el responsable de toda su opresión y mi hermano César es el bastón con que los azota gratuitamente. No estoy orgulloso de ser llamado hijo de Rodrigo de Borja, pero yo solo no puedo enfrentar a mi familia. Si están conmigo digan sí.

—¡Sí! —gritaron todos al unísono y brindaron por ello.

—¡A la guerra! —rugió Jofré levantando su espada.

—¡A la guerra! —bramó la asamblea.

Y al tiempo que el joven Borja los arengaba, Alfonso de Este se irguió sobre su mesa y haciendo señas con las manos calmó los ánimos.

—Mis amigos —expresó el Gonfalonero sin dejarles ver su cara—, no confundan coraje con estupidez.

Su auditorio comenzó a cuchichear mirándolo con sospecha. No obstante, el forastero no se guardó nada.

—No se engañen a sí mismos creyendo que podrán contra Rodrigo y sus huestes —les recomendó Alfonso—. Desistan de esta locura o serán alimento de los cuervos.

Luego se dirigió exclusivamente a Jofré diciendo—: Pocos pueden alterar el curso trazado por calculadores de la talla de tu hermano. Si con media legión puedes contra ocho legiones comandadas por él, te convertirás en leyenda.

—¿Y qué sugiere, Eminentísimo? —le preguntó Jofré sin amedrentarse—.

¿Quedarnos cruzados de brazos? Todos moriremos un día, ¿para qué engañarnos? Yo no temo a la muerte, sólo temo morir sin haber defendido a mi pueblo. Mi padre se lleva su dinero y lo mejor de sus tierras. Mientras él vive en lujo desvergonzado hay gente que no tiene qué comer. Se supone que Dios es amor, pero, ¿cómo se explica que su representante en la tierra haya puesto guarniciones aquí, en la república de Florencia, en los ducados de Venecia, Mantua e incluso sobre Milán? Seamos honestos una vez en la vida, mi padre no es el elegido de Dios. Después de mandar a asesinar al papa Inocencio VIII, él compró los veintidós votos del Colegio Cardenalicio para sentarse en el trono de San Pedro.

—Será David contra Goliat —objetó el misterioso cardenal —, una verdadera masacre.

—¡Exacto! —exclamó el hijo de Rodrigo—. Tú mismo lo dijiste. Serán vasallos contra el ejército más poderoso del mundo, pero Dios estará con nosotros.

—Enfundado en esa misma actitud —reveló el Gonfalonero dejando ver su rostro al fin— procuraste salvar mi vida a riesgo de perder la tuya.

Y ante la jubilosa mirada de todos le preguntó al cabecilla—: No bajarás a la batalla sin mí, ¿verdad?

—¿Eres tú, Alfonso?! —inquirió sorprendido Jofré—. ¿De la muerte regresas a asistirnos?

—Por suerte no he muerto —contestó el Capitán General de los Ejércitos Pontificios—. Al contrario, algo en mí acaba de renacer. ¿Hay con ustedes una espada?

—Sólo esta —dijo su amigo desenfundando su instrumento de combate.

—Consévala —le sugirió su nuevo aliado bajando de su mesa. Y acercándose a él dijo—: Deja que duerma hasta que llegue su hora.

A las ocho de la noche Alfonso de Este recibió a los recaudadores del Papa en un cementerio iluminado por antorchas y farolillos. Sobre un verde montículo se elevaba un altar de granito circundado por enormes columnas enclavadas en un lustroso piso de mármol de Carrara. En el sagrario se observaba medio centenar de copas de plata, una para cada hombre de la guarnición. Estaba todo preparado para dar inicio al ritual.

—¿Están todos? —preguntó el Gonfalonero con el semblante oculto bajo su capucha y con todo el pueblo de testigo.

—Estamos todos —confirmó el oficial.

—Bien —dijo Alfonso—, comencemos. Vayamos directo al grano. Tomen la

sangre de Cristo que limpia los pecados del mundo y gocen de su infinita misericordia. Levanten sus copas y beban.

—Su Eminencia —repuso el líder—, con el debido respeto, ninguno de mis hombres beberá a menos que usted beba primero.

—¿Sabes que significa el anillo que usamos los cardenales? —inquirió irritado el hijo del duque de Ferrara—. Que estamos casados con la Iglesia. ¿Y sabes qué simboliza el rojo escarlata de nuestra sotana? Nuestra disposición a morir por nuestra fe.

—También tenemos fe —dijo con cierta arrogancia el dirigente—, pero no somos ingenuos.

—¡Dios los invita a una reconciliación y tienen el descaro de pedirme que beba del cáliz del perdón! —clamó el Gonfalonero—. Ustedes son los pecadores, ¡malditos abusivos! ¿Con qué autoridad moral le dan órdenes a un príncipe de la Iglesia? Les doy la última oportunidad, beban o asuman las consecuencias.

Viendo que ninguno se atrevía a beber, Alfonso tomó una copa al azar e ingirió todo su contenido. No obstante, los soldados se mantuvieron renuentes.

—¡Hombres de poca fe! —vociferó el supuesto prelado—. ¿Beberán o esperan que me embriague por ustedes con la sangre del Señor?

—Beberemos —aseguró el oficial entregándole a Alfonso una copa seleccionada por él mismo—, después de que nos demuestre que todo esto no es una trampa.

No perdamos más tiempo con fruslerías —dijo el Gonfalonero arrebatándole bruscamente el cáliz de la mano. Y luego de catar el vino inquirió—: ¿Satisfechos?

Ante aquello el militar cedió a las exigencias del misterioso purpurado y con una seña les autorizó a sus hombres a participar del rito. Considerando aquello una orden cada cual tomó una copa y, sin saberlo, bebió veneno. De manera que todos perecieron en el acto. El entero pueblo celebró la hazaña del Gonfalonero soltando un gran grito de guerra. E inmediatamente los lugareños rodearon el altar y acorralaron a su último enemigo, quien no se entregó sin dar batalla.

—¡Jofré, dame tu espada! —solicitó Alfonso después de que su oponente desenfundó su alfanje.

—¡Acaba con él! —lo alentó el hijo de Rodrigo prestándole su arma.

—¿Por qué no te hizo daño el veneno? —inquirió el oficial poniéndose en guardia—. ¿Quién eres? ¿Acaso te conozco?

—Dímelo tú —le respondió el Capitán General de los Ejércitos Pontificios

quitándose la capucha.

—¿Alfonso de Este? —preguntó crispado el sujeto—. ¡No es posible!

Así comenzó un duelo tan apasionante como impredecible. Sus espadas se chocaron una y otra vez lanzando chispas al aire. Pronto el oficial recibió una leve estocada en el rostro, no obstante, éste contraatacó con tal furia que literalmente partió la hoja de acero del Gonfalonero. Y en el preciso momento que el villano se disponía a darle un golpe mortal, Ayora tensó su arco y le disparó una flecha al corazón. Al ver al último enemigo tendido en el suelo el pueblo cantó victoria.

Después Jofré se acercó a Alfonso y refiriéndose a los soldados caídos inquirió—: ¿Qué haremos con ellos?

—Recojan sus armaduras y sus espadas —contestó el guerrero—, y denles un entierro digno porque murieron en servicio a la Santa Iglesia.

Ya escucharon —les dijo el hijo de Rodrigo a todos—, ¡a trabajar!

Y una vez que tuvieron un poco de privacidad Jofré le reveló en voz baja al Gonfalonero—: Mi hermano César viene en camino. Ya sabe que la hermana gemela de Lucrecia está aquí. Pretende llevársela a la fuerza. Tratará de engañar a Luis XII de Francia. Negará la muerte de mi hermana y usará a Ayora para aumentar el poder de mi familia.

—Admito que la primera vez que vi a Ayora creí que era Lucrecia resucitada —reveló Alfonso de Este—. Pero la realidad es que una intentó matarme y la otra me salvó la vida.

—Creo que Ayora es un gran consuelo para todos los que queríamos a Lucrecia —expresó su nuevo amigo advirtiéndole con la mirada que detrás suyo se estaba acercando alguien.

—Una parte de mí está de duelo —dijo el estratega—. Pero es cierto, a mí también me consuela...

—Disculpen —les interrumpió Tartán, quien venía acompañado de su hija.

—¡Tartán! —dijo Alfonso sorprendido.

—Mi señor —manifestó el campesino con respeto—, los escuché sin querer. Sabía que tarde o temprano llegaría este momento. Ahora que Lucrecia está muerta vendrán por Ayora.

—Es cierto —le contestó el Gonfalonero—, César no esperaba asesinar a su hermana. La muerte de Lucrecia frustró todos sus planes. Pero ahora que sabe con certeza que existe una hermana gemela...

—Dejen de hablar de mí como si no estuviera aquí —les pidió Ayora con firmeza.

—Yo te excluyo de esta conversación —le respondió Alfonso tajantemente.

—¿Así le agradeces a quien te salvó la vida? —preguntó ofendida la muchacha.

—Así protejo a quien amo —le confesó el Capitán General de los Ejércitos Pontificios.

—¡Eres un cretino! —le contestó Ayora dándole una fuerte bofetada.

—Lo sé —reconoció Alfonso—, no eres la primera que me lo dice.

—No te confundas —le advirtió la doncella—, yo no soy Lucrecia. Tal vez yo te recuerde a ella, pero para mí tú eres un ilustre desconocido.

—Te ves, piensas y actúas igual que ella —reflexionó en voz alta el Gonfalonero—. Eso te convierte en blanco de César, ¿lo entiendes?

—Entréguenme a él —pidió valientemente la muchacha.

—¿Por qué habríamos de cometer tal locura? —preguntó desconcertado Alfonso.

—Lamento arruinarle la imagen divina que tienes de Lucrecia —respondió Ayora—, pero todo el mundo sabe lo que pasaba entre ella y César. No hace falta decir qué es lo primero que hará cuando me lleve. Y en el momento que lo intente yo misma lo liquidaré.

—No estoy de acuerdo —falló el hijo del duque de Ferrara—. César es más astuto de lo que imaginas. Si lo matamos sin desenmascararlo ante su padre nos ganaremos el oprobio de todos los estados pontificios.

—¿Y qué pasará si César asesina a su padre? —inquirió la chica.

—Mi hermano está matando a todos los que lo rodean —aseguró Jofré de Borja—. Primero liquidó a Luis, luego a Juan y después a Lucrecia. Mi madre y el cardenal Tirodión también fueron despachados en el Palacio Apostólico. Sospecho que él lo hizo, pero mi padre acusa a Alfonso.

—¿Tu madre y mi tío... muertos? —le preguntó espeluznado el Gonfalonero.

—No permitan que le hagan daño a mi hija del corazón —les imploró Tartán.

—Sé defenderme, padre —dijo la impetuosa muchacha—. No se preocupen por mí. No me traten como a una princesa porque no lo soy. No me subestimen por ser mujer porque amo a mi pueblo igual que ustedes. Y si van a la guerra contra César rezaré para que Dios les dé la victoria, pero vaticino que no ganarán sin mí.

—Yo te debo la vida, Ayora —le contestó Alfonso sin ambages—. No puedo decirte que no. Si esa es tu decisión, la respetaremos. Pero antes quiero pedirte un favor, regresa a tu casa y cuida a tu madre y tus hermanos mientras nosotros

le damos una sorpresa a César.

—De acuerdo —respondió complacida la chica.

Expugnado el castillo de Borgos por las huestes de Rodrigo de Borja, convertido en asilo de formidables tropas, permaneció abandonado por unas horas hasta la llegada del Capitán General de los Ejércitos Pontificios y su milicia rebelde. Desde la torre de vigilancia un atalaya advirtió a no poca distancia la llegada de tres hombres a caballo y dio aviso a Alfonso. A su orden hicieron caer lentamente el majestuoso puente sobre el foso circundante y al mismo tiempo elevaron los rastrillos y abrieron de par en par las gigantescas puertas del arco que llevaban al patio de armas. La espesa noche parecía confabular contra el Príncipe, y sus bestias eran incapaces de oler el peligro. De manera que, luego de ingresar a la fortaleza y apearse, él y sus escoltas dejaron que unos uniformados llevaran sus corceles por la brida a otro lugar. Confiados como leones se internaron en el suntuoso palacete y después de subir escaleras y deambular de aquí para allá por los corredores llegaron a un salón iluminado por antorchas y candelabros. En la entrada había un par de guardias armados que, al reconocerlos, les permitieron el acceso a su líder, quien lucía una extraña máscara de hierro. El misterioso hombre estaba de pie ante un escritorio sobre el que se observaba un mapa desplegado de los estados pontificios y un par de despabiladeras.

—Quítate eso —le ordenó César a quien supuso que era el oficial a cargo de la guarnición.

—Algo peor que la lepra se me ha pegado, su Alteza —le respondió Alfonso de Este con la voz desfigurada—, y temo que si ve mi rostro morirá.

—No seas ridículo —insistió el hijo de Rodrigo—, no me hagas repetírtelo. Si estás enfermo llamaré a un médico, pero hablemos cara a cara.

—Hay asuntos más importantes que atender ahora —le dijo el Gonfalonero—. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Veo que tu extraña enfermedad te ha afectado la memoria —se burló el Príncipe. E inquirió—: ¿No te mandé a avisar que venía por Ayora, la hermana gemela de Lucrecia?

—Oh, sí —contestó el hijo del duque de Ferrara—. Ya lo recuerdo.

—¿La encontraste? —indagó el joven Borja.

—Honestamente —respondió Alfonso—, creo que ella me encontró.

—¿Dónde está? —preguntó César ansioso.

—¿Para qué la necesita? —curioseó el Gonfalonero con el objeto de provocarlo.

—¿Qué pregunta es ésta?! —gruñó el Príncipe—. Mis asuntos no son negocio tuyo.

—¿Tú crees? —le dijo Alfonso quitándose la máscara repentinamente.

Al ver su rostro César retrocedió espantado sobre sus pasos y trastabilló, sin embargo, sus hombres lo sostuvieron.

—Te crees todo un príncipe —lo rebajó el Capitán General de los Ejércitos Pontificios— cuando en realidad no eres más que una miserable rata. Podría matarte ahora mismo, pero quiero que le digas a tu padre que Ayora es dueña de su destino. Y también quiero que le informes que las palomas que solía golpear con su cayado se han convertido en escorpiones.

—¿Es una declaración de guerra? —inquirió César tras un abrumador silencio.

—¡Por supuesto que es una declaración de guerra! —le confirmó Alfonso de Este escupiendo el piso.

—Que gane el mejor —expresó César antes de abandonar cobardemente el recinto precedido por sus custodios.

Sin nada más que hacer allí, los tres sujetos montaron sobre sus caballos y se largaron del reducto a toda prisa. Entre tanto, Jofré y Tartán se reunieron con Alfonso en su despacho y sacaron conclusiones.

—Huyeron como gallinas —comentó alegremente Tartán—. Si todos sus hombres son así, ganar esta guerra será muy sencillo.

—Peor que la falta de confianza en uno mismo es el exceso de confianza —le contestó el Gonfalonero serenamente. E ilustró—: Cuando un león huye del cazador es... para acecharlo desde su escondite. En un ligero descuido el cazador se transforma en presa y la presa en cazador. Su rugido es lo último que escucha antes de ser quebrantado. Recuérdalo siempre.

—Con un león acechándonos —dijo Jofré— lo mejor es que mantengamos la guardia.

Después se acercó al escritorio y con un puntero señaló diferentes puntos del mapa diciendo—: Veán esto. Hay guarniciones apostadas por toda Romaña. Para ser exactos les diré que están sobre las ciudades de Imola, Pesaro, Rímini, Faenza y sospecho que sobre el principado de Piombino. Pocas ciudades escapan al control de César, pocos ducados, entre ellos Camerino.

—¡Son más demasiados! —articuló admirado el padrastró de Ayora.

—Así es —confirmó el sedicioso hijo de Rodrigo—, su número excede todo cálculo, no digo que no. Pero si partimos ahora mismo vadeando el Tíber podremos tomar por sorpresa a las tropas que están aquí y aquí. Y si reunimos

más hombres podremos avanzar y sorprender a nuestros enemigos aquí y aquí. Y en cuanto a las mujeres y los niños de nuestro pueblo, sugiero que escapen al ducado de Camerino. Allí estarán seguros, al menos por un tiempo. Pero que su carga sea ligera, llevarán lo necesario, nada de tesoros. Propongo que tomen provisiones para el camino y que salgan cuanto antes.

Mientras Jofré aún estaba hablando ingresaron al despacho un par de guardias cargando jubilosos un gran cofre.

—Encontramos esto abajo —declaró uno de los sujetos enseñándoles los pertrechos que contenía el baúl, entre ellos ballestas y un sinfín de adminículos de combate.

—Señores —informó su compañero emocionado—, hay cientos de estos bultos.

—Armamento suficiente para un centenar de soldados —confirmó su camarada.

Sorprendente hallazgo —dijo Jofré.

—Veo aquí la mano del ingenioso Leonardo da Vinci —apreció Alfonso de Este—. Sé de buena fuente que fue contratado como ingeniero de la corte por Ludovico Sforza, duque de Milán. Ahora veo que los rumores eran ciertos.

—Creo que estamos en igualdad de condiciones —dijo Tartán—, podemos hacerlo.

—“Lo más probable es que perdamos la vida en el intento —respondió el hijo de Hércules I repitiendo las palabras del cardenal Julio della Rovere—, pero si mi plan funciona tengan la seguridad de que las intrigas de César terminarán para siempre.”

Les bastó la noche a los borgueses para llegar a Camerino, su nuevo refugio. Obedientes a las órdenes de Alfonso de Este marcharon silentes llevando consigo sólo lo que necesitaban para sobrevivir. Sus huéspedes los recibieron como hermanos y, por voluntad de un noble llamado Maquiavelo, se les dio asilo en su propia fortaleza. Y cuando ya no hubo más lugar en aquella residencia los guardias bajaron los rastrillos y cerraron las puertas del arco por orden de su amo. No pocas familias quedaron agolpándose a la entrada mientras veían impotentes elevarse el pesado puente que atravesaba el foso. Sin embargo, las autoridades locales, en clara discordancia con la política papal, no tardaron en hacer de su iglesia un hogar para el resto de los exiliados.

Habiendo jurado protección permanente a los refugiados, Maquiavelo empacó sus pertenencias y partió a hurtadillas en su carruaje. Más tarde se supo que le urgía entregar un libro escrito por él mismo al hombre de su admiración,

al príncipe César de Borja. No obstante, el motivo de su repentino viaje fue aún más oscuro, traicionar a los insurgentes.

Horas más tarde los borgueses fueron sorprendidos por el Príncipe y un escuadrón de trescientos hombres poderosos, quienes rodearon la iglesia de Camerino y la fortaleza del florentino de nacimiento y las incendiaron. No hubo nadie que escapara, y sólo después de aquella masacre los ojos de César volvieron a brillar.

Siete días más tarde, a entradas horas de la noche, el hijo predilecto de Rodrigo se dirigió a la biblioteca del Palacio Apostólico donde encontró a un cardenal leyendo un libro de tapa roja. César tomó su lugar en la mesa frente al purpurado y escuchó algo más que una crítica literaria.

—Interesante —opinó el religioso—, pero...

—¿Pero qué? —inquirió el joven Borja.

—Nada extraordinario —juzgó el sujeto—. Estoy seguro que esta obra será tan intrascendente como su autor. En lo personal, esperaba algo más...

—¿Emblemático? —preguntó César.

—Exacto —contestó el cardenal. Y añadió—: Tú inspiras más que esto, César. Pero lo que más me preocupa es que a lo largo de todo el libro el maestro florentino pregona su teoría de que la obtención y la retención del poder son el fin último y que todo lo que sea necesario para ello está justificado. Temo que esto no es más que una advertencia subliminal dirigida a tu padre.

—¿Qué quieres decir con eso? —indagó el Príncipe.

—Creo que tú sabes a qué me refiero —respondió el prelado. Y señalando el título de la obra agregó con preocupación—: “El Príncipe” despertará profundas sospechas en tu padre. Si “el fin justifica los medios” entonces matarlo no es malo si con ello logras el poder, ¿no te parece? Antes que tu padre llegue a esa conclusión, que es la correcta, debes demostrarle tu lealtad y respeto. Así esfumarás sus dudas, al menos por un tiempo.

—Nunca imaginé que Maquiavelo... —balbuceó César meditativo. Y golpeando repentinamente la mesa con el puño rugió—: ¡Dijo que me admiraba! No lo entiendo, pero puede que tengas razón.

—Alguien que se está haciendo muchos admiradores es quien tú sabes —le comentó su confidente—. En sólo una semana ha logrado cautivar el corazón de herreros, zapateros, cardadores, labradores, bataneros; también intelectuales, músicos, abades, príncipes, reyes... En fin, desde las gentes más rústicas hasta las más cultas y refinadas lo respetan. Incluso tu hermano Jofré habla maravillas de él. ¿Sabes por qué? En primer lugar, porque todos están hartos de ti y de tu

padre. Y, en segundo lugar, porque Alfonso les dice lo que quieren escuchar. Pero te aseguro que tarde o temprano se morderá la lengua.

Y tras un incómodo silencio el purpurado preguntó—: ¿No dices nada? ¿Recuerdas aquellos versos bíblicos que dicen algo así como “¿Te has mostrado desanimado en el día de angustia? Tu poder será escaso”?

—Sólo pienso —contestó el hijo de Rodrigo.

—¿En qué piensas? —escarbó el religioso.

—Hace unos días —comentó el joven Borja— mi padre le envió una carta a Gonzalo. Después supe que en ella él le expresaba sus condolencias por la muerte de su mejor amigo, Alfonso de Aragón. Y, entre otras cosas, sindicaba a Alfonso de Este como el asesino. Pero eso no es todo, también lo felicitaba por sus victorias en Seminara, Ceriñola y Garellano, y le proponía una alianza.

—¿Una alianza?! —preguntó admirado el cardenal.

Tras asentir con la cabeza el Príncipe agregó—: Desde que franceses, castellanos y aragoneses emprendieron la incautación del reino de Nápoles mi padre evitó decantarse por uno u otro bando. Pero ahora que el Gran Capitán se mostró superior a los galos la duda de mi padre quedó despejada. Una alianza con Gonzalo Fernández de Córdoba significa paz con Fernando el Católico.

—Aguarda —dijo el consejero del Príncipe—, esto es muy confuso. Hablas de una alianza con el Gran Capitán, hablas de lograr la paz con el monarca de Aragón, pero Lucrecia está muerta... y tu hermana Isabel no despierta el interés de ningún noble. A menos que Gonzalo la acepte por esposa, ¿cómo forjarán una alianza con él?

—Debes guardar el secreto, mi amigo —contestó César bajando la voz—. Antes de morir, el cardenal Tirodión le confesó a mi padre haber participado de un secuestro. Reveló que Inocencio VIII fue amante de mi madre y progenitor de Lucrecia... y su hermana gemela Ayora. Temiendo que tarde o temprano mi padre lo destronara, el Papa decidió dejar una de las niñas al cuidado de mi madre y a la otra la dio en adopción a unos campesinos de Florencia con la esperanza de que algún día una de ellas vengara su sangre. Tirodión entregó la criatura a unos siervos del poderoso duque de Ferrara a cambio del cardenalato.

—¿Eso es maravilloso! —exclamó el religioso. E inquirió—: ¿Entonces?

Dado que mi padre accedió al solio pontificio por simoníacos procedimientos —resumió el joven Borja—, desde el punto de vista de Dios él no tiene derecho a ser llamado Gran Maestro de la Suprema Orden de Cristo. El Todopoderoso no está con él. Seamos francos, mi padre es un brillante estratega, un perfecto manipulador, un mujeriego empedernido, él es todo... pero no un santo. Y lo

más frustrante es que ha comenzado a delirar. Lo que para mí es blanco para él es negro. Es como dijo un salmista: “Yo abogo por paz; pero cuando hablo, ellos favorecen guerra”.

—Dime si me equivoco —hurgó el purpurado—, tú deseas entablar una alianza con el hijo de Luis XII de Francia, pero tu padre tiene otros planes para la hermana gemela de Lucrecia, ¿cierto?

—Mientras mi padre y Alfonso de Este sigan vivos —respondió el Príncipe— forjar alianzas con los galos será imposible. Desde la óptica de mi padre estrechar lazos con castellanos y aragoneses es, por el momento, lo más conveniente. Y, como sabes, Alfonso protege a Ayora mientras levanta a todos en mi contra.

—En caso de que a Gonzalo Fernández de Córdoba le interese la propuesta de tu padre —preguntó el cardenal—, ¿quién se encargará de liberar a la chica de las manos de Alfonso?

—Supongo que Gonzalo mismo —contestó César.

—¿Dejarás que contraiga nupcias con Ayora? —inquirió el prelado.

—Por supuesto —respondió el joven Borja.

—¿Y después? —indagó el religioso.

—Asesinaré a mi padre —reveló el Príncipe fríamente.

—¿Y luego? —volvió a preguntar el cardenal.

—Atacaré a Gonzalo —contestó César sin rodeos— y después mi hermanastra será dada en matrimonio al hijo de Luis XII de Francia.

—¿Por qué no dejas de sorprenderme? —le preguntó su secuaz maravillado.

La estratagema de Rodrigo de Borja estaba en marcha y César se apegó al plan de su consejero. Demostró respeto a las decisiones de su padre y permaneció junto a él en el Palacio Apostólico mientras el Gran Capitán se enfrentaba al Gonfalonero.

Seducidos por sus heroicas victorias, selectos guerreros de las partes más distantes de la tierra acudieron a dar su apoyo y honra al Capitán General de los Ejércitos Pontificios. Sus hazañas, velozmente popularizadas por las cantigas de los juglares, aumentaban su fama y alimentaban las esperanzas de los pueblos a la vez que despertaban violentas emociones en Rodrigo y César, los opresores más grandes de la época.

En un claro del bosque de Milán se levantaba la empresa de Alfonso de Este, la última que aventuró coligarse contra las fuerzas del papa Alejandro VI. Desplegados al viento, rematando metálicos postes clavados a lo largo y ancho de aquel improvisado barrio de tiendas de campaña, los pendones señoriales

pregonaban en silencio antes del ocaso las distintas procedencias de la muchedumbre.

La fatiga de la última contienda no impidió que algunos salieran a andar por el campamento buscando diversión. Eximios arqueros hacían las delicias de muchos que, entre apuestas, arengaban a unos o a otros. En un lugar apartado, un pequeño grupo de soldados se entrenaba para la batalla con estoques de madera. Y no muy lejos de allí, en tanto que un sujeto templaba con maestría una guzla árabe y otro una flauta dulce, los nobles se medían en combate sobre unas tablas de ajedrez frente a sus tiendas principescas a la vez que sus pajes les escanciaban el mejor vino en sus copas sobredoradas. Más allá, bajo la supervisión de Alfonso y Jofré, diestros forjadores chochaban hierro contra hierro intentando reparar los paramentos estropeados en el último combate. La mezcla de ruidos no alteraba en absoluto a sus corceles atados a los postes.

Vencidos por el cansancio y el sueño, tras una larga y reparadora jornada, cada cual regresó a su refugio. Así, el ruido se convirtió en silencio y ningún fuego quedó encendido. Un par de centinelas armados custodiaba el pabellón de Ayora mientras que otros guardias vigilaban el entero campamento apostados en los cuatro puntos cardinales. De pronto, uno de los escoltas de la doncella percibió un movimiento extraño en la alameda e hizo sonar una pequeña trompeta que llevaba colgada al cuello. Al instante, todo el mundo se puso en alerta. Estaban sitiados, los habían emboscado, pero no lograban identificar a sus adversarios.

Tartán salió de su tienda y mientras se dirigía a la de su hijastra recibió un flechazo en el vientre. Encorvado de dolor prosiguió su camino y descubrió que Ayora había desaparecido. Ante tal escena el hombre cayó de espaldas e inmediatamente fue asistido por Alfonso y Jofré. La situación se tornó aún más dramática cuando sus contrincantes comenzaron a regarlos de proyectiles encendidos. Literalmente llovía fuego sobre su campamento y no había escapatoria. Todos corrían de aquí para allá en perfecto desorden. Y en la confusión y el caos el número de caídos aumentaba rápidamente.

—Olvídense de mí —les gritó Tartán a los jóvenes que lo asistieron—. Vayan por Ayora. ¡Los malditos se la llevaron!

Rozando con sus dedos las iniciales grabadas en el astil de la flecha clavada en el sujeto, el hijo rebelde de Rodrigo de Borja reconoció—: ¡Gonzalo Fernández de Córdoba! Temo que la saeta esté envenenada.

—¡Eso no importa! —ladró el padrastro de la chica—. Todos moriremos un día, es inevitable. Pero no dejen que le pase nada malo a mi hija del corazón.

Ayora los necesita más que yo.

Habiendo dicho aquello el buen hombre se desvaneció.

—Todavía respira —observó Alfonso.

—¿Sobrevivirá? —le preguntó Jofré.

—Roguemos que así sea —respondió el Gonfalonero. Y agregó—: Cuidalo, yo iré por Ayora.

—No —le dijo su amigo—, yo te acompañaré. No me obligues a desobedecerte. Yo cuido tu espalda y tú la mía.

—Harás más falta aquí —insistió Alfonso—. La guerra recién comienza y, si no regreso, necesitarán que tú los guíes.

Finalmente, Jofré asintió con la cabeza y dejó ir a su camarada.

Aquella misma noche la esposa de César sintió la imperiosa necesidad de confesarse. De manera que al amparo de la oscuridad y con el rostro cubierto bajo un fino chal se dirigió a la iglesia de San Pedro. La hija del rey Luis XII de Francia deseaba más que todo desahogarse, pero no sabía que su propio marido la estaba escuchando detrás de una pared.

—Padre —dijo la Princesa agachando la mirada—, tiene que escucharme.

—¿Qué tienes, hija? —le preguntó su confesor, quien estaba sentado del otro lado de la celosía.

—No puedo dormir —reveló la nuera de Rodrigo—, sólo pienso en el hombre que se robó mi admiración. Creo que he cometido adulterio en mi corazón y tengo ganas de morirme.

—La vida es un don de Dios, hija —le manifestó el religioso—. ¿Por qué renunciarías a tan bendito regalo?

—Porque el hombre al que amo no es mi esposo —recalcó Juana de Albrecht, hija del rey Luis XII de Francia.

—¡Eso es pecado! —sentenció el guía espiritual.

—Lo sé, padre —admitió apesadumbrada la joven—. Por eso estoy aquí, necesito ayuda.

—¿Amas a tu esposo? —inquirió el sacerdote.

—Hice todo lo posible por enamorarme de él —dijo la muchacha—, pero aún no lo consigo. Yo... sé que mis sentimientos son totalmente carnales.

—¡Por supuesto! —expresó en tono santurrón su interlocutor.

Y tras un breve silencio el sujeto le dijo—: No tienes que responder a esta pregunta si no lo deseas, ¿de acuerdo?

—Adelante —dijo la chica.

—¿Qué méritos hizo ese hombre para conquistar tu corazón? —indagó el

eclesiástico.

—Él —contestó Juana emocionada— discurre por toda la tierra mostrando su poder en favor de los desangelados. Los libera del yugo de mi suegro y de mi esposo, les da esperanza y los hace sentir invencibles.

—Entiendo —dijo el clérigo—. ¿Y por qué lo hace?

—Por amor —respondió la Princesa.

Ante aquello, César salió de su escondite montado en cólera y abofeteó a su esposa diciéndole—: ¡Maldita ramera! ¿Qué amor? ¡¿Amor al poder?!

—¿Cuánto tiempo llevas ahí atrás? —le preguntó su mujer avergonzada tocándose el rostro—. Escuchaste todo, ¿cierto?

—Cada palabra —le contestó César rojo de furia—. Ah, por cierto, se te olvidó mencionar tus devaneos con Luis y con Juan a mis espaldas.

—Hay veneno de áspides en tu lengua —le insultó la hija del rey de Francia.

—¿Con qué autoridad moral me llamas víbora, culebra ponzoñosa? —le reprendió su marido—. Como ves, no hay asunto demasiado escondido que no salga a la luz.

—¡Te odio! —ladró la Princesa golpeándole el pecho con ambos puños a la vez. Y repitió—: ¡Te odio como nunca odié a nadie! No quiero verte nunca más, César.

La joven pretendía marcharse de allí como si nada hubiese sucedido, sin embargo, el grotesco Príncipe la tomó fuertemente del brazo diciéndole—: ¿A dónde crees que vas? Debería matarte.

—Haz el intento —lo desafió la muchacha—. Eres un maldito cobarde que se esconde bajo la sotana de su padre.

—¡Cierra el pico, buitres del demonio! —le ordenó el joven Borja apretándole el mentón.

—Sabes que si me tocas un solo pelo mi padre te matará —le recordó la chica.

—¿Irás a encontrarte con él? —indagó César tras soltarla.

—No tengo por qué seguir hablando contigo —le respondió Juana de Albrecht.

—Eres mi esposa —soltó el hijo preferido de Rodrigo— y harás lo que yo diga.

—Esta plática no tiene sentido —le dijo la Princesa alejándose de él—. ¿Crees que no sé del romance que hubo entre tú y tu hermana Lucrecia? Lo nuestro se terminó, César. Se acabó, quiero el divorcio.

—¡Espera! —le dijo César. Y con sabor a revancha le entregó un pañuelo

azul solicitándole un último favor—: Sé que irás a arrastrarte con él y quiero que le des esto. Dile que se lo quité a una niña que gritaba su nombre mientras se chamuscaba junto a todos los demás borgueses traidores que encontré en un castillo de Camerino.

Juana tomó la pañoleta y dijo—: Acabas de firmar tu sentencia.

—Tal vez —respondió petulante el Príncipe. Y le propuso—: Si realmente lo amas entrégamelo para que mi padre me honre ante todos. No permitas que me enfrente a él porque sabes que no sobrevivirá. Será David contra Goliat, el ejército más poderoso del mundo contra un puñado de campesinos.

Y mientras todavía estaba hablando llegó un guardia que lo apremió diciendo —: Alteza, su padre quiere verlo, es urgente.

—Está bien —contestó César haciéndole una seña para que se retire. Y dirigiéndose a su esposa concluyó—: Sólo tú puedes salvarlo. Traiciónalo y no morirá.

—¿Crees que soy tan ingenua? —dijo la doncella.

—Si él muere en combate será tu culpa —le advirtió.

—¿Desde cuándo te preocupas por tus enemigos? —razonó Juana—. Ve a manipular a tu padre, idiota.

Tras aquella discusión la Princesa se fue por un lado y el Príncipe por otro.

La noche tenía preparada más sorpresas para todos, incluso para el papa Alejandro VI, quien sentado sobre su trono esperaba ansioso la llegada de su hijo. A su derecha podía observarse una cesta de mimbre sobre una pequeña mesa sobredorada. Al fin el Príncipe se presentó ante su padre escoltado por media docena de guardias.

—El mundo se ha ido tras Alfonso de Este —dijo Rodrigo de Borja notablemente demacrado por una enfermedad— y sospecho que alguien cercano intentará asesinarme.

—Dame un nombre y lo despacharé por ti, padre —le respondió su hijo.

—Esperaba que tú me dieras un nombre —manifestó el Papa—, por eso te llamé.

—Si supiera quién busca hacerte daño —le juró César— te traería su cabeza, no su nombre. Mataría por ti, lo sabes.

—Un siervo dispuesto a matar por su amo es capaz de matar a su amo —expresó Rodrigo quitando la tapa de la canastilla. Y tras un breve silencio le solicitó—: Ven, sube, quiero que veas esto.

El joven se acercó y vio en el interior del receptáculo la cabeza de Gulia Farnesio, la aristócrata quebrada que conquistó el corazón del Romano Pontífice.

—La nota —mencionó Rodrigo— decía: “Tus días de gloria acabaron”. Llevaba la firma de Alfonso de Este. ¿Qué se le debe hacer al asesino de nuestra criada? Te escucho, César.

—Ojo por ojo —contestó su hijo—, diente por diente. Alfonso debe morir.

—Permíteme tu espada —dijo el Santo Padre.

—¿Mi espada? —preguntó aprensivo el joven—. ¿Para qué la quieres?

—Un día también fue mía —le recordó Rodrigo—. Dámela y no preguntes.

—No creo que puedas cargarla —opinó el Príncipe—, estás demasiado débil.

—Déjame tocarla, hijo —insistió Alejandro VI—. Tal vez mis manos recuerden su fuerza si la sostienen una vez más.

—No me parece buena idea —dijo César retrocediendo un paso. Y agregó—: Tú piensas que yo lo hice.

—No seas tan desvergonzado —le gritó Rodrigo—. ¡Alfonso está a kilómetros de aquí! Te prohíbo que insultes mi inteligencia. ¿Crees que no sé cuánto dinero le ofreciste a Ferimeo por este trabajo? ¿Acaso piensas que con esto te pediré que me traigas la cabeza de Alfonso de Este? A ti te debería cortar la cabeza. En mi vida he cometido tantos pecados, pero tú eres el peor de todos mis errores. No tienes remedio, César. Ansío ser testigo de tu miserable muerte.

Y tras levantarse del solio inquirió con rabia—: ¿Quieres mi trono? ¡Ven, siéntate aquí! Tienes talento para adueñarte de lo que no te pertenece. ¿Crees que no sé que deseas verme muerto?

—Tu luz se extingue y no consigues ver con claridad —le contestó su hijo sin alterarse—. Pero yo te traeré a Alfonso vivo y tú me honrarás por eso.

—Si Alfonso muere —le amenazó su padre—, será mejor que no regreses. Lo quiero vivo, ¿entiendes?

El Príncipe asintió con la cabeza, dio media vuelta y se retiró a toda prisa.

Mientras tanto, el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba preparó una trampa para Alfonso de Este. Tras secuestrar a Ayora, la hermana gemela de Lucrecia, ordenó a sus fuerzas replegarse. Así, se internó en un bosque tan extenso como peligroso y desapareció dejando a la muchacha tendida en el margen de un arroyo poéticamente iluminado por una luna de plata. La doncella estaba amordazada y maniatada, sumida en un sueño tan profundo que no le permitía enterarse de todo el bien y todo el mal que la rodeaba. Hasta que llegó cautelosamente el Gonfalonero y la despertó arrojándole en su rostro angelical un poco de agua que recogió del afluente con su odre. Para cuando la muchacha volvió en sí los españoles emergieron de las sombras como fantasmas. Montados sobre sus bestias formaron un círculo alrededor de la dama y el caballero, y

apuntándolos con sus largas espadas les obligaron a erguirse. Literalmente no había brecha por donde huir. Todos sin excepción traían un carcaj en su espalda con flechas rematadas en plumas rojas y amarillas.

—¡Ríndete, Alfonso! —le exigió el Gran Capitán—. No tienes escapatoria.

Cuando Gonzalo acabó de hablar sucedió algo extraordinario. Ayora levantó sus manos al cielo y soltando un penetrante silbido hizo respingar todos los caballos. No obstante, sus jinetes lograron controlarlos.

—¡Qué truco tan barato! —gritó el castellano.

Mientras el Gran Capitán se expresaba se oyó el chillido de millares de murciélagos que aparecieron de la nada con sed de sangre. En un abrir y cerrar de ojos los murceguillos se precipitaron sobre los pescuezos de los corceles obligándolos a encabritarse. La mayoría de los jinetes cayeron a tierra y, aprovechando la ocasión, Ayora y Alfonso les arrebataron un par de espadas. Aunque superados en número cobraron valor y dieron pelea a todo el que se interpuso en su camino. La doncella y el Gonfalonero combatieron espalda contra espalda en perfecta sincronía derribando a cuantos osaron enfrentarlos. Sin embargo, los españoles eran demasiados y no les alcanzaría la noche para acabar con todos.

—No resistiremos mucho tiempo —admitió Alfonso.

—¡Son nuestros! —vociferó la chica sin bajar los brazos.

—Necesitamos refuerzos —expresó jadeante el hijo del poderoso duque de Ferrara.

Viendo que no tenían escapatoria, Alfonso tomó a la chica por la fuerza y amenazó con cortarle el cuello. Ante aquello, Gonzalo levantó su mano derecha y el combate cesó.

—Tranquila Ayora, Alfonso no te lastimará —aseguró el Gran Capitán.

—No presume saber lo que hará y lo que no hará —contestó la muchacha siguiéndole el juego al Gonfalonero—, este sujeto está más desquiciado que César.

—¡Juro que la mataré! —gritó Alfonso.

—No lo harás —afirmó Gonzalo.

En su cuello tengo una espada —amenazó el hijo del duque de Ferrara— y restos de fuerza en la mano que la sostiene. La mujer con la que iba a casarme está muerta y el hombre que me nombró Gonfalonero ahora me persigue.

Ese es tu problema —le contestó el Gran Capitán crudamente—. Pero si piensas usar a la chica para escapar de aquí... tengo que decirte que es una mala idea. Resolvamos esto de otra manera. Rodrigo me propuso una alianza, casarme

con Ayora. Mis victorias en Nápoles me convierten en un aliado interesante. Si contraigo nupcias con la hermana gemela de Lucrecia mi poder aumentará y el Santo Padre logrará el apoyo incondicional de mi amigo Fernando el Católico.

—Sin Ayora no habrá alianza —dijo Alfonso.

—¡Ayora no me interesa! —le informó su oponente—. ¿Crees que no me doy cuenta que Rodrigo me está usando? ¿Cómo piensas que me gané el mote de “Gran Capitán”? Yo no estoy detrás de obtener concesiones insignificantes ni formar alianzas con dignatarios condenados al fracaso.

En ese caso —dijo el Capitán General de los Ejércitos Pontificios liberando a la chica—, realmente estoy acabado. He sido vencido por el único que podía derrotarme.

—Rodrigo te acusa de la muerte de mi mejor amigo, Alfonso de Aragón —declaró Gonzalo acercándose lentamente sobre su potro—. Y, como dije, me propone una coalición. En vista de que ni Lucrecia ni Ayora eran sus hijas legítimas... todo pacto con él resultará nulo. Con todo respeto, la belleza de Ayora no será suficiente para mantenerme en el poder, así que declinaré la oferta del Papa.

—Aclarado ese punto —agregó el Gran Capitán—, te solicito que me apoyes para vengar la muerte de mi amigo. Sé que César quería verlo muerto porque se resistía a divorciarse de Lucrecia. Conozco a todos los personajes de esta historia y no me trago eso de que tú mataste al duque de Bisceglia. Rodrigo y su hijo podrán manipular y amenazar a todo el mundo, pero tarde o temprano caerán. Ni yo ni Fernando el Católico necesitamos forjar alianzas con el Papa. Al contrario, nuestra lealtad está con el cardenal Julio della Rovere, a quien Rodrigo y César han humillado en más de una ocasión. Llegado el momento, mi amigo Alfonso de Este, ajustaré cuentas con los verdaderos culpables y el nepotismo y la corrupción terminarán para siempre en el Palacio Apostólico. Fortalece a tus hombres, Capitán. No bajen la guardia ni un solo momento. Que nadie los vuelva a tomar desprevenidos. Rodrigo sabrá que le di la espalda e intentará detenerte de alguna otra manera. Yo ya no tengo nada más que hacer aquí.

—¡Atraparé a César y te lo entregaré! —le prometió el Gonfalonero mientras el Gran Capitán y sus huestes se alejaban al galope.

—¡Buena suerte! —le deseó Gonzalo antes de perderse en la oscuridad.

Momentos después Ayora y Alfonso regresaron a su campamento y contemplaron pasmados la devastación provocada por el castellano. Los daños materiales eran enormes, los heridos se contaban por decenas y hubo que lamentar la baja de un inestimable guerrero, Tartán. El labriego yacía en la tienda

de su hijastra esperando poder contemplar su rostro antes de expirar. Cuando la doncella y el Gonfalonero llegaron el sujeto juntó sus últimas fuerzas y expresó unas palabras de despedida.

—Hasta aquí te pude acompañar —le manifestó Tartán a la damisela, quien se había doblado de rodillas a su lado para escucharlo.

—¿Qué les diré a mamá y a los chicos? —preguntó Ayora con un nudo en la garganta, ignorando que César los había asesinado.

—Diles que... —balbuceó su padrastro con dificultad, tras lo cual murió.

CAPÍTULO CINCO

La noche pugnó en balde por ser eterna y se dio cobardemente a la fuga al asomarse el sol por el horizonte como un rey victorioso. Y sin tiempo que perder, Tartán fue sepultado a los pies de un frondoso olivo y, con él, parte del corazón de Ayora. Nadie le devolvería a su padrastro, pero ver a todos los guerreros despedirse respetuosamente de él fue un bálsamo para su espíritu contrito.

La vida continuaba y nadie dudaba que lo peor estaba por venir. En aquella coyuntura, antes de que los combatientes se dispersaran, Jofré se abrió paso hasta Alfonso de Este y le comunicó discretamente que la princesa Juana de Albredt solicitaba verlo. Sin embargo, el Gonfalonero no tenía nada que esconder y autorizó a la esposa de César de Borja expresarse delante de todos.

—Vengo por voluntad propia —declaró la hija del rey Luis XII de Francia después de rendirle pleitesía.

—¿A unirte a nosotros o a desalentarnos? —le preguntó el hijo del poderoso duque de Ferrara.

—Arriesgué mi vida enviándole una carta a mi padre en la que le solicitaba que retire su apoyo a Rodrigo —informó Juana—. Rápidamente él me contestó: “El día que seas reina tú tomarás las decisiones. Hoy las tomo yo.”

—¿Qué otra cosa esperabas? —inquirió Alfonso.

—No he venido a burlarme de ustedes —le dijo la Princesa—, pero se enfrentarán a cuarenta mil hombres liderados por un patán que mata a su antojo al amparo de su padre. Si mis ojos no me engañan, aquí sólo hay dos mil soldados, y muchos de ellos están malheridos. ¿Cómo pretenden vencerlos?

—Eres la esposa de mi peor enemigo —le contestó el Gonfalonero—. Con todo respeto, Juana, ¿por qué debería revelarte mi estrategia?

—Admite que necesitas ayuda —le rogó la hija del rey de Francia.

—Alteza —le respondió Alfonso parafraseando un pasaje bíblico—, “si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?”

—¡Pero qué testarudo eres! —gruñó Juana de Albredt. Y con mucho pesar le entregó un pañuelo azul diciendo—: ¿Reconoces esto? Tómalo, te lo envía César, el hombre al que subestimas. Se lo quitó a una niña que gritaba tu nombre mientras se chamuscaba junto todos los que se ocultaban en una fortaleza de

Camerino.

Aquellas palabras derrumbaron la moral de los familiares de los fallecidos. Algunos se hincaron de rodillas con impotencia y otros soltaron gritos desgarradores. El Gonfalonero sintió el dolor ajeno en su corazón y de inmediato ayudó a sus hombres a levantarse. Y cuando creyeron que no podían recibir peores noticias, un mensajero llegó corriendo y se prosternó ante Alfonso vencido por el peso de un trágico informe.

—¡Polvo y ceniza! —gritó a voz en cuello el correo para que todos pudieran oírlo.

—Eso somos —le contestó el hijo del poderoso duque de Ferrara.

—Su padre... —informó con voz convulsa el heraldo— ha muerto. Después de asesinar a todos los borgueses refugiados en Camerino, el Príncipe y sus hombres atacaron Ferrara y acabaron con la vida de su padre. Ahora están viniendo hacia aquí y no tardan en llegar.

—Levántate —le respondió Alfonso tendiéndole una mano.

Y dirigiéndose a todos sus soldados dijo—: ¡Levántense! Así es como quieren vernos César y su padre, de rodillas. Este día las ovejas rugirán como leones y los tiranos temblarán ante la ira de los mansos. ¡Mueran de pie o vivan de rodillas!

Alentados por tan escueto discurso, los dos mil guerreros acompañaron al Gonfalonero a la que sería, tal vez, su última batalla. Pero Juana de Albrecht, obedeciendo su instinto de supervivencia, fue al encuentro de su esposo, quien la envió de regreso al Palacio Apostólico custodiada por una docena de escoltas fuertemente armados.

Había llegado la hora y Alfonso y su ejército se encontraban en un punto sin retorno. Las tropas enemigas llegaron con gran pompa, caminando al redoble intimidante de cientos de tambores. Las ocho legiones comandadas por el Príncipe parecían un bosque infranqueable de lanzas y pendones enhiestos. No sólo los superaban en número, también contaban con armas diseñadas por el mismísimo Leonardo da Vinci.

En pocas palabras, estalló la contienda y el bando de César lanzó grandes bolas de piedra con una ballesta gigante que se desplazaba sobre seis ruedas. Su arco tenía una abertura de veinticuatro metros que se sujetaba sobre una cureña de madera de veintitrés metros de largo y poco más de un metro de grosor. No había escudo en el mundo que pudiera protegerlos de tal máquina. Sus disparos resultaron fulminantes. El Príncipe también hizo uso de mosquetes que permitían percutir ráfagas de once balas y, para asegurarse el triunfo, utilizó vehículos

blindados inspirados en caparazones de tortugas, provistos de cañones que podían lanzar proyectiles en todas direcciones. En cambio, las fuerzas del Gonfalonero sólo estaban munidas de escudos, espadas, dardos y dagas. En primera línea se hallaban los hombres comunes y de mayor coraje, y en segunda línea estaban los príncipes. Todos portaban lanzas que les permitirían, eventualmente, traspasar los escudos de la infantería y las armaduras de la caballería. En tercera fila estaban los portadores y la infantería ligera, y más atrás se disponían los arqueros y los honderos. Todos tenían casco, pero no todos estaban enfundados en una armadura. De hecho, la primera fila se protegía usando solamente una placa de metal sujeta con tiras de cuero que le recubría el pecho y el corazón, mientras que la línea posterior usaba una cota de malla. Los hombres de la retaguardia llevaban un peto de cuero duro, mientras que Alfonso y Jofré estaban cubiertos por corazas anatómicas de bronce finamente trabajadas.

Temiendo encontrarse con un ejército superior al suyo, el hijo de Rodrigo de Borja trajo seis elefantes que, tras la balacera, incursionaron violentamente en las filas enemigas provocando una verdadera estampida humana. En definitiva, César resultó el gran vencedor y llevó cautivos a Alfonso, Jofré y Ayora a Roma. Quería presumir su victoria ante su pueblo, usar a la doncella para forjar nuevas alianzas y levantar los cráneos de sus opositores como trofeos.

Al día siguiente, temprano en la mañana, con todo el pueblo reunido en la plaza de San Pedro, el Príncipe fue recibido entre abucheos e improperios. Intentó maquillar su fastidio con una sonrisa falsa y, al tiempo que avanzaba en su ostentoso carruaje en medio de la multitud, regaló saludos que ni los miembros del Colegio Cardenalicio correspondieron.

Pues bien, en el centro de la plaza se elevaba una plataforma donde se encontraban sus prisioneros de guerra. Alfonso y Jofré estaban encadenados a unos postes; en cambio, Ayora estaba flanqueada por dos soldados que la sujetaban firmemente de los brazos. Era su fin, los tres lo sabían.

Tras apearse, César subió al proscenio exigiéndole silencio a la multitud. Pero la voz del pueblo resonó con más fuerza. Abrumado por tal desprecio, el hijo mimado de Rodrigo se acercó al Gonfalonero y le pidió un favor.

—Diles que se callen —solicitó agitado el joven Borja.

—El pueblo sólo obedece a su líder —le contestó Alfonso de Este.

—A ti te obedecen —reconoció César—, ordénales.

Han guardado silencio por mucho tiempo, César —declaró el hijo del difunto duque de Ferrara.

—¡No juegues conmigo! —ladró el Príncipe—. Asumo que no me aman

como a ti, pero me respetarán... por la razón o la fuerza.

—No seas ridículo —le dijo su hermano Jofré—. Tanto poder te ha corrompido, has caído disparatadamente en la demagogia.

—¡Cállate! —le gritó César.

—¡No! —le respondió Jofré en su mismo tono—. ¿Quién te crees, el rey del mundo? Te exijo que acabes con todo este espectáculo.

—Han cometido alta traición —alegó su hermano mayor.

—¿Contra quién? —inquirió Jofré—. Yo apelo a mi padre.

—¡Ya fue suficiente! —vociferó César. Y dirigiéndose a sus hombres ordenó —: ¡Quémenlos!

Y mientras los verdugos arrimaban sus antorchas a los manojos de leña que pisaban Alfonso y Jofré llegó la princesa Juana de Albredt esgrimiendo un pergamino sellado.

—¡Alto! —dijo la hija del rey Luis XII de Francia. Y proclamó—: Esto es un decreto, un documento escrito por el papa Alejandro VI. Tu padre te ordena que liberes a tus prisioneros y exige que le entregues vivo a Alfonso de Este. Cumple sus órdenes, César. No querrás que yo enviude tan joven, ¿o sí?

El Príncipe se dirigió de mala gana a la habitación de su padre, quien estaba acostado en su cama. Una extraña afección había postrado al Santo Padre y los galenos no encontraban la cura. Sospechaban que estaba enfermo de malaria o, más bien, de la fiebre de los pantanos. Había un par de guardias armados en la entrada y otro par de custodios apostados en los rincones del aposento. Además, Rodrigo estaba acompañado de media docena de cardenales. Cuando vieron llegar a César, los fieles colaboradores del Papa inclinaron levemente sus rostros en respeto.

—Padre —dijo el joven Borja—, me llamaste y aquí estoy.

—¡Tú no eres mi hijo, cretino! —bramó repentinamente Rodrigo.

—¡Hice lo que me pediste! —gritó exasperado César.

—Te pedí que trajeras vivo a Alfonso —le reclamó enérgicamente su padre.

—Alfonso está vivo, padre —le juró su hijo.

—Entonces —dijo el Papa—, déjame verlo. ¡Hazlo entrar!

—Guardias —ordenó el joven Borja a los soldados que estaban en el cuarto —, traigan el prisionero.

Los sujetos se retiraron inmediatamente y pronto regresaron con Alfonso de Este, quien tenía los pies y las manos aseguradas con grilletes.

—Perdóname Alfonso —le suplicó Rodrigo al Gonfalonero—. Dios me ha sentenciado a muerte, estoy enfermo y sé que mi luz se extingue. Yo te traicioné,

le pedí al gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba que te matara. Te acusé falsamente del asesinato de su mejor amigo, lo siento.

—No hay rencor —le contestó Alfonso de Este.

—Errar es humano —le dijo el Papa—, perdonar es divino.

—Soy un hombre como cualquiera —respondió el Capitán General de los Ejércitos Pontificios.

—Si pudiera volver el tiempo atrás —expresó melancólico el Santo Padre— repetiría todos mis errores, excepto uno. Y, como sé que no preguntarás, te diré que mi peor equivocación se llama César. No debí crear este monstruo.

—¡Padre! —exclamó ofendido el Príncipe.

—¡Cierra tu boca, impertinente! —le ordenó Alejandro VI—. Ya estoy cansado de ti, sólo me traes problemas. ¡Mataste toda mi familia! Tú no eres mi hijo, eres hijo del diablo.

—¿Así agradeces todo lo que hice por ti? —inquirió furioso su hijo.

—Si sigues hablando —le advirtió Rodrigo— te cortaré la lengua. Tengo dos anuncios importantes y, si me vuelves a interrumpir, te mato.

—Lo primero que quiero informarles —prosiguió el Papa— es que el cardenal Francesco Piccolomini de Siena, aquí presente, es afín a mis ideologías y espero que tras mi muerte él salga del cónclave convertido en el nuevo Gran Maestro de la Suprema Orden de Cristo. Su pie no se ve bien, parece que está más podrido que yo; todos saben que padece gota, pero no lo juzguen por eso. Lo segundo que quiero decir es que Alfonso de Este seguirá en el cargo de Gonfalonero, por lo tanto, continuará comandando los Ejércitos Pontificios. Asimismo, decido que liberen a la hermana gemela de Lucrecia y a mi hijo Jofré. Por último, ordeno la ejecución de César por el delito de alta traición.

Ante aquella sentencia el Príncipe se aferró desesperadamente al Papa gritando—: ¡Soy tu sangre! ¡Soy tu sangre!

E, inesperadamente, César acometió a su padre con su pugio y todos quedaron perplejos. Muerto Rodrigo de Borja, su hijo enfundó su hierro y rugió rabioso. Su juego había terminado, ya no tendría nadie que lo protegiera. Pero el joven se las ingenió para permanecer en el poder un tiempo más. De modo que, tomando desprevenido a Alfonso, le partió una silla en la nuca gritando fieramente “¡O César o nada!”. El Gonfalonero se desplomó en el acto y los ojos del Príncipe centellearon victoriosos.

Antes que digan una sola palabra —les dijo César a los prelados comenzando a tiritar de fiebre— quiero que convengamos algo. Ustedes dirán que Alfonso mató a mi padre y yo, a cambio, les daré...

—César —le interrumpió el sexagenario cardenal Francesco Piccolomini apoyado sobre un bastón—, no te ves nada bien. ¿Por qué no salimos de aquí?

—Me siento débil —admitió el joven Borja con la voz entrecortada—, mareado y con náuseas. Estoy transpirando como un condenado, pero me muero de frío.

—¡Todos afuera! —ordenó aterrado el purpurado de Siena. Y al tiempo que abandonaban la habitación le exigió al Príncipe—: ¡Aléjate de todos, César! Tu padre te contagió la peste de los pantanos. ¡No debiste tocarlo! Lo arruinaste todo.

—Alisten mi caballo —solicitó el alicaído Príncipe a los guardias—, dense prisa.

—Y mientras se expresaba, llegaron Ayora y Jofré precedidos por la princesa Juana de Albrecht. Los tres se espantaron al contemplar la escena y, entendiendo que ya no podían hacer nada por Rodrigo, asistieron a Alfonso.

—¿Qué pasó aquí?! —le preguntó Jofré a su hermano.

—Maté a nuestro padre —confesó fríamente César—, y creo que Dios me castigó con la peste de los pantanos.

—Alfonso —dijo Ayora percibiendo que el Gonfalonero no respiraba—, no te entregues.

—Él también está muerto —alegó el Príncipe.

Jofré lo dudaba, así que tomó una jarra que estaba sobre el escritorio de su padre y derramó agua en el rostro de su amigo. Suponían que Alfonso despertaría, sin embargo, eso no sucedió.

—Se los dije —manifestó César al tiempo que se dirigía hacia la puerta como un sonámbulo perdido entre los sueños y la realidad.

Así acabaron los días de gloria del Príncipe, quien huyó del palacio sin que nadie lo persiguiera. Pero Ayora no podía aceptar los hechos y bombeó el corazón del Gonfalonero presionándole el pecho con ambas manos. Al ver que Alfonso no se reincorporaba, Juana se irguió y rompió en llanto en los brazos de su cuñado.

—Ya déjalo —dijo resignado Jofré dirigiéndose a Ayora.

—¡No! —vociferó la obstinada muchacha—. Ningún Capitán se entrega tan fácil. Alfonso no puede morir. Esta historia no puede terminar así; Dios no lo va a permitir.

Tras eso la joven campesina apoyó sus labios sobre los labios del guerrero y le oxigenó los pulmones. De manera que Alfonso devolvió agua por su boca y regresó en sí.

—¡Estás vivo! —exclamó la chica llorando de alegría.

—No lo creo —contestó Alfonso mirándola a los ojos—, porque en este momento estoy viendo un ángel. Y ese ángel eres tú.

Alguien debía suceder a Rodrigo de Borja y fuera de la curia se especulaba que sería su hijo César. No obstante, el cardenal Francesco Piccolomini fue electo como el nuevo Sumo Pontífice y bajo el nombre de Pío III gobernó durante veintiséis días. Su pierna estaba infectada y falleció cuando se la amputaron. Poco después, al comienzo del otoño, el prelado Julio della Rovere salió del cónclave convertido en Papa y se lo llegó a conocer como Julio II. El archienemigo de los Borja capturó a César y lo obligó a restituir todas las fortalezas que poseía. Luego, lo entregó al gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, quien lo envió a España para ser juzgado. Alfonso de Este, por su parte, continuó siendo el Capitán General de los Ejércitos Pontificios y se casó con Ayora en Ferrara, donde vivieron en completa paz y felicidad por el resto de sus días.

FIN